

Antonio ESPINO LOPEZ

EL FRENTA CATALAN EN LA GUERRA DE LOS NUEVE AÑOS, 1689-1697.

Tesi Doctoral dirigida pel Dr. Antoni Simon i Tarrés

Departament d'Història Moderna i Contemporània

Facultat de Lletres

Universitat Autònoma de Barcelona

Any 1994

SEGUNDA PARTE

CAPITULO V: LA GUERRA Y SUS REPERCUSIONES ECONOMICAS.

1. Introducción.

La presencia permanente de la guerra en la Europa de La Epoca Moderna no sólo condujo a la concentración del poder y a la creación, en definitiva, de la administración de tipo estatal, sino que también tuvo unos marcados efectos económicos. En primer lugar, dinamizó la Hacienda en el sentido de prepararla para afrontar, con cambios y mejoras, los crecientes gastos bélicos del Estado. La guerra, y por extensión el ejército, era el trasfondo de los presupuestos; según la expresión de Michel Morineau: "... todos los países beligerantes estaban presos de la misma lógica financiera de la guerra".⁽¹⁾ P. Goubert sentencia: "El ejército y la guerra fueron, sin duda, el mayor flagelo que conocieron y soportaron (mal), directamente primero, indirectamente después, los pueblos del Antiguo Régimen y el Antiguo Régimen mismo".⁽²⁾

En segundo lugar, permitió un enorme desarrollo del crédito, que determinados sectores socioeconómicos supieron aprovechar. En realidad, los europeos comprendieron muy pronto que el dinero era la clave de la dinámica bélica, aprestándose rápidamente a la movilización creciente de capitales, ya fuesen inmovilizados hasta entonces, o bien sustrayéndolos de otras actividades económicas. Esta decisión les permitió pertrechar ejércitos cada vez mayores anticipándose a los rendimientos de los impuestos futuros.⁽³⁾

En tercer lugar, sin duda, tuvo influencia en el avance de determinados sectores productivos en ciertas coyunturas y en algunos lugares precisos; Jan de Vries alude directamente a los sectores textil -uniformes y complementos-, metales pesados -armamentos y munición- y a la construcción de buques. (4) Pero, indudablemente, el numerario a disposición del Estado procedía del sector agrario en un amplio porcentaje. Dicho sector sólo obtenía beneficios cuando una parte de su producción podía ser vendida a un precio superior por el estímulo de una demanda creciente, como el mantenimiento de tropas, pero ello únicamente si éstas habían recibido con regularidad su paga, de lo contrario se imponía la requisita a bajos precios o el pillaje. Con todo, la guerra se convirtió en la primera industria europea en el siglo XVII y permitió la acumulación de capital en determinados sectores sociales, mientras que el resto de los contribuyentes tendrán que adaptarse a la reorientación de la economía. (5)

Paralelamente al problema tratado, otra cuestión candente es el posible estímulo que podía significar la guerra para la zona en la que se practicaba. Los mercantilistas del siglo XVII debatieron largo tiempo sobre la ventaja -o el inconveniente- de mantener una guerra en el extranjero o en el propio territorio: frente a autores clásicos del siglo XVI como Botero, Bodin o Montchrétien, que propugnaban a ultranza la guerra exterior, a lo largo del siglo XVII fue gestándose la convicción de que tal práctica conducía a la ruina del Estado por la salida de capitales. El pensamiento de Campomanes, aunque en una fecha tardía, es muy clarificador: "Si se hace la guerra fuera del propio país, lleva la subsistencia (sic) de la nación que la sostiene: aparta de su

circulación sumas inmensas, y enriquece a la nación que la sufre, porque abastece ésta con sus frutos y sus manufacturas, de quanto necesita el ejército agresor. El ejército defensor utiliza del propio modo el país atacado, que suele ser el propio; y de una mansión continua de tropas resulta animarse la industria nacional y la agricultura".⁽⁶⁾

Algunos historiadores han profundizado en el estudio del binomio gastos-beneficios económicos de la guerra. Tanto Myron Gutmann como Enrico Stumpo aconsejan que esta cuestión sea tratada con cuidado al exponer en dos casos particulares, el Bajo Mosa y el Piamonte, respectivamente, cómo no todos los sectores sociales padecían de igual forma el coste financiero de la guerra, mientras que los gastos eran compensados con ingresos generados por la misma lógica bélica -mantenimiento de tropas, compra de material, etc. Así, según datos del propio M. Gutmann, en la zona por él estudiada entre 1620-1750 se produjo un descenso medio de la producción por efecto de la guerra de un 15%, sin pasar más que en pocas ocasiones del 40%; no obstante, después de las pérdidas del decenio de 1670, a partir del de 1690 la mejor conducta de las tropas y la subida de los precios acabaron por transformar la guerra de una carga en un factor de cierta recuperación económica.⁽⁷⁾

Por lo tanto, queda explícita la existencia de un desacuerdo sobre si la guerra dificultó o hizo avanzar económicamente a Europa. Pero al margen de esta cuestión, existe una variable que los historiadores de lo militar y de la economía no suelen tener en consideración: utilizando la frase de Ruskin, el ejército y, de hecho, la guerra en sí, no son sólo consumidores, también son productores, pero de desgracia: ya sea miedo, miseria, mutilación o muerte.⁽⁸⁾ Es

con este espíritu que C. R. Friedrichs escribe su aportación sobre la guerra y la sociedad alemana de la primera mitad del siglo XVII en la conocida obra colectiva sobre la Guerra de los Treinta Años dirigida por G. Parker: si bien podemos discutir el alcance real -económico y demográfico- del citado conflicto, en ningún caso puede dejarse de historiar la incertidumbre y los horrores que la población sufrió en una guerra despiadada.⁽⁹⁾

2. La Hacienda hispana y la guerra.

Haciendo un rápido balance, podemos decir que los recursos de la Hacienda se mostraron claramente insuficientes para cubrir los gastos de la política europea de Carlos I y Felipe II -y no sólo del ejército, sino también de la diplomacia y de la subvención a los aliados-, además del problema que representaba la dificultad para disponer de un numerario líquido en aumento en lugares y momentos diferentes. La solución hispana serán los asientos, mientras que el remedio para el arreglo de la deuda generada por dichos asientos impagados fueron los juros, o primera versión de la deuda pública en Castilla. Modesto Ulloa nos muestra la evolución de la política exterior de Felipe II como causa que impedirá hacer economías, pues los sucesivos frentes que fueron abriéndose acabaron por hacer gastar tanto como los que se iban cerrando.

El desastre de la Invencible marcó los cambios de la etapa 1590-1665. Desde aquella fecha se puso de manifiesto la necesidad de un cambio fiscal que, debido a la limitación de la Corona para crear nuevos impuestos, sólo podía hacerse o

bien incrementando los derechos aduaneros, que no se hizo, o bien solicitando de las Cortes nuevos servicios. Estas controlarán la comisión de Millones y en 1609 se decidieron por introducir el repartimiento a los particulares. Los sectores pudientes presionaron a los procuradores para que el medio de recaudación variase centrándose en el consumo, estableciendo contribuciones indirectas. Las consecuencias de esta fiscalidad fueron devastadoras. Ni los metales preciosos ni la participación parcial de otros territorios en los gastos -los Países Bajos y Milán, Nápoles y Sicilia, fundamentalmente- permitió relajar el esfuerzo tributario castellano. La salida continuó siendo el crédito público y su consecuencia los sucesivos impagos de deudas, imponiéndose la obtención de ingresos forzando la aceptación de realizar donativos por parte de las Cortes de la Corona de Aragón y la venta de municipios de realengo, oficios, títulos e hidalguías. Sólo el reparto equitativo de la carga imperial podía permitir a la Monarquía mantener su política. El fracaso del plan de Olivares condujo a una crisis más acusada de Castilla y a la guerra en la Península, incrementándose los gastos bélicos en todos los territorios de la Monarquía Hispánica.⁽¹⁰⁾

Diez días después de la muerte de Felipe IV -17 de septiembre de 1665- un decreto concedió a las ciudades castellanas la capacidad para votar servicios sin necesidad de que sus procuradores se reuniesen en unas Cortes, aun siendo este un fenómeno anterior en la práctica. Desde 1667, y hasta el fin del Antiguo Régimen, las ciudades con voto fueron consultadas con la intención de que aprobaran las sucesivas renovaciones de los servicios. La realidad, no obstante, fue

una congelación de los servicios castellanos y la suspensión de los de la Corona de Aragón de forma simultánea. Dicha situación implicaba, de hecho, aceptar que los ingresos hacendísticos tenían un límite, circunstancia que basta para explicar la debilidad hispana en los conflictos internacionales del reinado. Pero debilidad no significa una total inoperancia.

El reinado de Carlos II quedará marcado, no sólo económica, sino también historiográficamente hablando, por la reforma hacendística de Oropesa-los Vélez entre 1685 y 1691. El primer paso en la renovación fue nombrar al marqués de los Vélez como superintendente general de Hacienda, cargo recién creado. En su informe del 10 de mayo de 1687, el marqués de los Vélez hizo ver al Monarca cómo la totalidad de las rentas castellanas estaban enajenadas o consumidas por los juros, de los que aún había cuarenta millones de reales (de vellón) sin situar. El déficit era de 36.466.180 reales de vellón.

Tras pasar la Memoria de la reforma fiscal por diversas Juntas y Consejos, el decreto del 16 de febrero de 1688 dio satisfacción parcial a sus promotores: se perdonaban los atrasos de los contribuyentes en el pago de los Millones, pero no se suprimió dicha carga. También se consolidaron las diferentes deudas de la Monarquía disponiendo, tras la detracción de cuarenta millones de reales para gastos esenciales, que se atendiese la liquidación de juros, a los hombres de negocios y el pago de mercedes, por este orden. Como la deuda era de 130 millones de reales, el ajuste se logró con una reducción drástica de los intereses de los juros a la mitad -salvo los anteriores a 1640-, o bien extinguiéndolos o quedando sin cabimiento dichos juros.⁽¹¹⁾

Aunque se estuvo muy lejos de disfrutar de una situación saneada, ello no fue óbice para una cierta recuperación hacendística en la década final del reinado, aunque las fauces de la guerra terminaran por tragárselo todo. Según Garzón Pareja el monto de los servicios ordinarios y extraordinarios de Castilla pasó de 8.491.895 reales de plata de 1681 a 1689, a 12.571.046 reales de plata en 1690-1698.⁽¹²⁾

Si atendemos a las remesas de tesoros americanos llegados a España, según las cifras de M. Morineau, se comprueba que el reinado de Carlos II fue el más favorecido desde el quinquenio 1581-1585.

En cuanto a las negociaciones de dinero con los asentistas, C. Sanz Ayán demuestra con sus datos una recuperación sustancial -aunque no impresionante- de las cifras obtenidas por la Corona entre 1689-1697 en comparación con los años que van de 1680 a 1688. Reducido a reales de plata, el total de las negociaciones fue el siguiente:

CUADRO I

AÑO	REALES DE PLATA
1689	13.360.812
1690	4.167.438
1691	2.463.283
1692	6.626.546
1693	6.252.745
1694	3.850.000
1695	545.092
1696	10.331.925
1697	4.205.160

Fuente: C. SANZ AYAN, Los banqueros de Carlos II, p. 494.
Elaboración propia.

Observando este cuadro vemos el gran esfuerzo inicial en 1689, equivalente prácticamente a los tres años siguientes, continuando con altibajos sobre todo hasta 1692-93, con una

caída importante en 1694. El esfuerzo de estos años necesitó de un respiro en 1695, para conseguir una recuperación muy fuerte en 1696, tras lo que vino la inevitable reducción de negocio en 1697.

Para Sanz Ayán el frente catalán de la Guerra de los Nueve Años marcó especialmente estas negociaciones, pero no deben descuidarse los otros frentes de guerra -Flandes y Milán-, así como el pago de tropas aliadas -Brandemburgo y Saboya.⁽¹³⁾

3. El coste del Ejército de Cataluña.

A la hora de evaluar las consecuencias económicas y sociales de la Guerra de los Nueve Años nos centraremos especialmente en sus efectos en el Principado de Cataluña, pero no se puede olvidar que la recluta, los impuestos, el crédito, etc., tuvieron una incidencia asimismo importante en otras áreas hispanas del momento.

Según las cuentas del Pagador General del Ejército de Cataluña, Juan de Gachapay, entre 1680 y 1688 se destinaron al Principado 16.231.794 reales de plata. En el período de los virreinos del conde de Melgar (1688) y de don Francisco Velasco (1697), es decir, justo antes del inicio de la guerra y justo en el momento que terminó, las cuentas de los Pagadores J. Gachapay, G. Castillo, J. de la Plaza, J. Gachapay, de nuevo, y J. de la Plaza en una segunda ocasión, arrojan un monto total de 45.534.744 reales de plata.⁽¹⁴⁾

CUADRO II

PAGADOR	FECHA	REALES DE PLATA
J. Gachapay	31-V-1688 a 21-III-1690	5.625.463
G. Castillo	21-III-1690 a 29-XII-1690	2.916.304
J. de la Plaza	21-XII-1690 a 31-XII-1693	11.519.530

PAGADOR	FECHA	REALES DE PLATA
J. Gachapay	5-II-1694 a 5-II-1697	17.071.578
J. de la Plaza	5-II-1697 a 31-X-1697	8.401.869

Fuente: Véase nota 14. Elaboración propia.

La cifra media anual es de unos cinco millones de reales, pero dicha aserción, excesivamente general, esconde algunas realidades interesantes. Si para idénticos períodos dividimos el total del dinero enviado por el número de meses en que fue recibido en las arcas de la Pagaduría se nos aparece una situación muy diferente:

CUADRO III

FECHAS	DINERO ENVIADO
31-V-1688 a 21-III-1690	255.702 reales de plata mensuales.
21-III-1690 a 29-XII-1690	324.033 " " "
21-XII-1690 a 31-XII-1693	319.986 " " "
5-II-1694 a 5-II-1697	474.210 " " "
5-II-1697 a 31-X-1697	1.050.233 " " "

Fuente: *Idem*. Elaboración propia.

Por supuesto, estas cifras esconden altibajos, pero son más reales que las anteriores en tanto en cuanto muestran un incremento de la atención económica prestada al Ejército de Cataluña a lo largo de la guerra. Lo ideal hubiese sido disponer de las cuentas completas de los Ejércitos de Flandes y de Milán para comparar con la situación catalana, pero tales cuentas no las hemos hallado en la sección correspondiente del Archivo de Simancas, donde sí se encuentran las de otros años para los citados territorios. Con todo, la realidad constitucional tanto de Milán como de Flandes obligaba a la Monarquía a un tratamiento diferente. Usualmente, los estados italianos desviaban su aportación económica a Milán, donde se

enviaron, relativamente, pocos medios desde Castilla; Flandes debía pagar el porcentaje más alto posible del coste de su defensa, pero el avance del enemigo, que exigía al país conquistado la cesión de sus rentas, obligó a mantener elevados los envíos de numerario desde Castilla, además de solicitar la ayuda aliada. Cataluña, en cambio, no estaba compelida a costear directamente su defensa aunque sí pagó buena parte del arreglo de sus fortificaciones y sufragará un número no desdeñable de tropas.

Poseemos algunos datos para verificar dichas afirmaciones: según unas cuentas confeccionadas para el Consejo de Estado a inicios de 1694 el Consejo de Hacienda había destinado en el período 1689-1693 31.355.683 reales de plata a gastos bélicos. De tal cantidad 14.879.674 reales de plata habían sido enviados a Cataluña, 7.894.008 reales de plata a Flandes y 4.661.578 reales de plata a Milán.⁽¹⁵⁾

Por ejemplo, en 1692 se preveía en los Países Bajos un gasto de 5.426.098 florines (el documento no indica de cuantas placas), de los que 3.844.661 saldrían de aquel territorio, necesitándose un envío de 1.581.437 florines para igualar el gasto. El problema planteado en el Consejo de Estado era si la Monarquía podría seguir enviando dinero e incrementar su contribución al esfuerzo de guerra. De no hacer algo, era muy posible que los aliados "nos abandonen desesperados, o mal satisfechos de nuestra omisión, o sea indigencia, cuando somos nosotros (como más inmediatos) los principales interesados en esta guerra, así en lo que se ha perdido, como en lo que se perderá, si los aliados se retiran o se acomodan".⁽¹⁶⁾

Justo al final de la guerra, en 1697, la Real Hacienda evaluaba la necesidad del envío a Cataluña de 3.736.231

escudos de vellón frente a, tan sólo, 3.380.000 escudos de vellón para Milán y Flandes conjuntamente.⁽¹⁷⁾

Las cifras para Milán son inferiores a las de Flandes y más cercanas, por tanto, a las de Cataluña: el coste de la campaña de 1693 se evaluaba en 7.000.000 de reales de plata; dicho año el Estado de Milán gastaba 13.500 libras milanesas al día en el sustento de las tropas, es decir, si contamos los seis meses usuales de campaña, 3.239.919 reales de plata. Por otro lado, 4/9 partes del coste del tren de artillería lo pagaba también Milán.⁽¹⁸⁾ Entre enero y agosto de 1694 se envió desde la Corte a Milán 3.864.576 reales de plata; en 1696 el gasto se había disparado: se necesitaban para aquella campaña 7.100.000 reales de plata y se debían otros cinco millones. Para entonces, el Estado de Milán pagaba 21.500 libras al día para el mantenimiento de las tropas, ocho mil más que en 1693.⁽¹⁹⁾

Llegados aquí, podemos aventurarnos a decir que el frente catalán no sólo estuvo proporcionalmente bien asistido en relación a los otros dos frentes de la guerra, sino que, y sobre todo en los años finales de la contienda, estuvo especialmente mimado a nivel monetario, si bien dicha situación venía impuesta por la propia evolución de los acontecimientos -paz de Saboya con Francia en 1696; reducción de las acciones bélicas en Flandes en 1696-97; apuesta francesa definitiva por la toma de Barcelona en 1697.

Ahora bien, por todos es conocida la problemática que representan las cuentas del Antiguo Régimen en su aplicación militar. John Hale cree que entre una quinta y una cuarta parte del dinero destinado al mantenimiento y pagas del ejército podía perderse ⁽²⁰⁾; el fraude era habitual en una

época en la que todas las partes, compradores y proveedores, esperaban obtener beneficios.

¿Hasta qué punto nos podemos fiar de las cifras aportadas hasta ahora? Cabe plantearse, en primer lugar, qué cantidad de numerario llegaba efectivamente a manos del virrey de Cataluña y los oficiales encargados de las pagas y mantenimientos, intentando conocer los atrasos en el envío de las sumas prometidas. En segundo lugar, deberíamos conocer el porcentaje destinado a pagar los intereses de asientos otorgados con anterioridad, además del beneficio obtenido por los factores catalanes de los asentistas de la Corona.

Las cifras de los pagadores pueden ser contrastadas con las confeccionadas por los virreyes y enviadas al Consejo de Guerra en forma de Memoriales de los ingresos -y gastos- realizados. Lamentablemente no disponemos de tales cifras más que para los períodos siguientes: del 20-XII-1688 al 20-VII-1690; del 16-XII-1690 al 15-VIII-1691; del 27-XI-1694 al 30-XI-1695 y del 16-XI-1696 al 30-II-1697.⁽²¹⁾ Básicamente, el numerario declarado como recibido por los virreyes coincide con las cuentas de los pagadores, al tiempo que el dinero adelantado por los factores catalanes también concuerda en uno y otro caso.

No obstante, debemos afrontar un problema peliagudo a juzgar por las pruebas documentales, abundantes y reiterativas, al respecto. Se trata de evaluar si el Ejército de Cataluña estuvo bien pagado durante el transcurso de la guerra. La falta crónica de numerario sufrida por el ejército parecía ser una cuestión añeja para los responsables del mismo. Ya en la década de 1680 hubo muestras de mal funcionamiento. Para la campaña de 1684 el virrey Bournonville

debía disponer -según reconocía el propio Consejo de Guerra- de 1.800.000 reales de plata para mantener su gente durante la campaña, pero, finalmente, tuvo que contentarse con poco más de una cuarta parte de dicha cantidad.⁽²²⁾ Según el virrey Melgar, desde fines de 1684 y hasta mediados de 1688 no se le libró ninguna paga a la caballería alojada en Cataluña.⁽²³⁾

Un problema añadido era la mala relación con los asentistas. En palabras del virrey Leganés, se entendía su decisión de no querer fiar nada "por la experiencia que tienen todos los hombres de negocios de lo mal que se cumple con ellos en los préstamos antecedentes que han hecho a Su Majestad en las necesidades urgentes".⁽²⁴⁾ El comerciante barcelonés Joan Navarro no llegó a ver la devolución de un préstamo de 166.956 reales de plata para fortificaciones en el Principado. Comenzaron a devolvérselo junto a los intereses en 1686, llegando el último pago en junio de 1700, cobrándolo su sobrino y heredero.⁽²⁵⁾ A inicios de 1689 ya se le debían al asentista Argemir 288.000 reales de plata, por lo que éste dio orden a su factor en Barcelona de no proveer nada más hasta cobrar.⁽²⁶⁾

Los ejemplos son muchos y reiterativos, finalizaremos con el débito más escandaloso que hemos encontrado: en 1695 se le adeudaban al marqués de Valdeolmos 4.800.000 reales de plata; a pesar de ello continuó prestando dinero y enviando grano para las tropas de Cataluña. ¿Nos podemos extrañar al saber que el título otorgado a José de Aguerri en 1687 -el marquesado de Valdeolmos- le fue declarado perpetuo precisamente en 1695? ⁽²⁷⁾

También menudean los ejemplos de una falta crónica de medios para mantener y mover el ejército. El presupuesto del

coste de las tropas para la campaña de 1690 en marzo de aquel año era de 4.336.840 reales de plata; en septiembre ya se había reducido a 3.601.008 reales. De unas pagas mensuales -mesadas- en torno al medio millón de reales, según los presupuestos, se hubo de pasar a otras mucho más reducidas: la de febrero fue de 201.527 reales de plata, en diciembre se repartieron 280.805 reales.⁽²⁸⁾ En febrero de 1692, el virrey Medina Sidonia lamentaba haber recibido únicamente 464.000 reales de plata en los cinco meses de internada que llevaban sus hombres.⁽²⁹⁾ Al año siguiente, el Pagador General evaluaba en 3.517.096 reales de plata el coste anual del ejército; desde la Corte se aventuran a enviar 2.762.876 reales tan sólo.⁽³⁰⁾

En realidad, poco habían cambiado las circunstancias desde el inicio de la guerra en 1689: entonces el virrey Villahermosa ya se quejó amargamente de la cortedad de las mesadas enviadas, advirtiendo que si no se aumentaban "...sólo servirán las levas de gasto inútil y perdido, y de llenarse los caminos de ladrones y mendigos respecto de que no siendo asistidos puntualmente se continuarán las fugas con gran exceso y los que tenemos y vinieron se desharán...".⁽³¹⁾

Son significativas las prevenciones tomadas en 1694. En marzo una junta evaluadora de la situación militar alegaba un coste mensual del ejército de 935.968 reales de plata; dos meses más tarde el propio Consejo de Guerra creía conveniente reducir esta cifra a 448.584 reales de plata. La realidad era muy distinta: para agosto, septiembre y octubre de aquel año se enviaron 269.952 reales, en noviembre sólo esperaban enviar 96.000.⁽³²⁾ En la siguiente campaña, con tropas flamencas y del Imperio que exigían un pago puntual, el presupuesto se

disparó con mesadas evaluadas en 1.208.799 reales, en primera instancia, y rectificadas a 848.258 reales de plata.⁽³³⁾

Si durante la campaña la situación era lamentable, los inviernos debieron ser terribles. Para la internada de 1696 -de noviembre de 1695 a marzo de 1696- se habían pedido 2.523.264 reales de plata; a fines de enero habían llegado 764.800 reales, es decir, el 30,3% del total previsto.⁽³⁴⁾ Durante la campaña de aquel año, el virrey Gastañaga hubo de hacer malabarismos con el dinero: en junio repartió una mesada de 384.000 reales de plata suplida con otros 160.000 gracias a un crédito concedido por el marqués de Valdeolmos. Esta cifra era justo la mitad de la mesada necesaria; las tropas considerarían, sin duda, que menos daba una piedra: en abril y mayo ni siquiera llegó una mesada escuálida.⁽³⁵⁾

La situación mejoraba, aunque momentáneamente, con la llegada de un nuevo virrey, al que se le solía proveer adecuadamente de dinero, al menos, para la primera paga. En octubre de 1696, el flamante virrey don Francisco Velasco distribuyó 800.000 reales de plata, faltándole otros 83.000 para dar la mesada íntegra. El problema sería pagar los 478.400 reales mensuales aquel invierno. De hecho, no se pudo. En febrero se debían ya 1.979.904 reales de plata en mesadas atrasadas, y hacían falta 324.992 reales para aderezar los equipos y el vestuario. La respuesta real fue negociar un asiento con el banquero Grillo de 1.600.000 reales, pagaderos en cuatro plazos, de manera que continuaban buscando dinero.⁽³⁶⁾ Tras este esfuerzo se envió algún dinero a Velasco, quien cerró las cuentas del gasto de la internada -2.971.904 reales de plata- habiendo repartido 1.214.208 reales, un 40,8% de lo necesario.⁽³⁷⁾

El último año de la guerra, 1697, fue de un tremendo esfuerzo económico, que agotó las arcas: entre el 5 de junio y el 19 de julio se enviaron a Barcelona 1.468.608 reales de plata, alegando el Consejo de Estado que no quedaba ni un real.⁽³⁸⁾ En 1698 aún se debían sumas del estilo de 134.685 reales por las telas y sacos empleados para tapar brechas en el sitio de 1697.⁽³⁹⁾

Todas las cifras consignadas recogen presupuestos y mesadas entregadas efectivamente a las tropas. Tales cantidades no incluyen el coste ni de los tercios provinciales -pagados por las ciudades castellanas donde eran levados- ni de los tercios costeados por la Corona de Aragón. De tener presentes estos gastos es obvio que el total final en pagos a las tropas hubiera sido superior. No obstante, las cuentas de la Pagaduría General del Ejército de Cataluña reflejadas al inicio del capítulo sí incluyen el coste de los tercios provinciales. Así, pues, si tenemos presente el monto de las mesadas que debía gastar la Corona para sufragar únicamente las tropas levadas por el rey, veríamos que una cifra muy aproximada a los 45.534.744 reales de plata de gasto realizado por la Monarquía en el frente catalán correspondería al pago de tales tropas, entendiendo que habrían cobrado sus pagas íntegras. Si atendemos al hecho de que, además de tales necesidades, se debía proveer el pago del carruaje y bagaje de la artillería, compra de armas, vestuario, grano y pan de munición, del ejército, y que el coste de todo ello está incluido en la cantidad arriba mencionada, sólo podemos colegir como consecuencia obvia la mala asistencia económica del Ejército de Cataluña a lo largo de toda la guerra y que, por lo tanto, esos 45.534.744 reales de plata reflejan un gran

esfuerzo económico que no bastó para mantener correctamente las tropas en el Principado.

En cambio, la Hacienda de Luis XIV envió a su ejército del Rosselló, que generalmente se mantenía buena parte de la campaña en territorio hispano, entre 1689 y 1695 77.589.619 reales de plata sólo en concepto de pagas a las tropas. La diferencia, aún salvando el mayor volumen de soldados, es abismal.⁽⁴⁰⁾

4. El negocio de la guerra: los asientos.

Hace algunos años I.A.A. Thompson dijo del sistema de asientos que era un fenómeno económico, "...pero en España fue un fenómeno de inadecuación y decadencia económicas".⁽⁴¹⁾ No hay nada más cierto que dicha afirmación, sobre todo durante los años del reinado de Carlos II. Como veremos, muy posiblemente las contrapartidas económicas no fueron tan atractivas como en otros momentos, pero indudablemente se produjo el ascenso social de muchos asentistas.

A nivel general, C. Sanz Ayán explica que los asientos en especie -granos, carruaje de la artillería, pólvora, etc.,- para el ejército o presidios -guarniciones- tenían ajustados pagar sus consignaciones en el plazo de tres años, aunque un tercio al menos debía satisfacerse en el plazo de un año. Los asientos en dinero tardaban de tres a cinco años en pagarse, procurando la Corona que fuesen tres para no abonar intereses crecidos, pero a veces se llegaba a diez años y la autora cita un caso extremo de una treintena de años.⁽⁴²⁾

Como hemos dicho, algunos de estos asentistas lograron mejorar su posición social en poco tiempo. José de Aguerri,

marqués de Valdeolmos, gozaba de fuero militar para requisar si era necesario y en 1683 fue nombrado secretario en el Consejo de Aragón.

Pedro de Pomar fue el principal asentista del Ejército de Cataluña en la década de 1670 junto a Francisco Montserrat, futuro marqués de Tamarit. En 1675 era secretario de honor del rey y en 1676 se le nombró supernumerario de la Contaduría Mayor de Cuentas. Desde 1679 trabajó junto a Francisco Argemir, con quien había fundado una sociedad, dedicándose al asiento en exclusiva de la pólvora. En 1690 fue su sobrino Diego Estadilla Pomar quien firmó asiento para el tren de la artillería del Ejército de Cataluña hasta 1696.

Francisc Argemir inició su actividad en 1672 con la provisión de grano para el Ejército de Cataluña. En 1681 empezó a hacer provisiones en dinero, nombrándole el rey secretario en el Consejo de Aragón.

Francisco Montserrat inició su carrera en época de Felipe IV, continuando con la provisión de granos y dinero en el Ejército de Cataluña. Desde 1670 podía hacer sacas de trigo y grano en cualquier parte fuera de Cataluña con destino a aquel ejército. En 1681 consiguió el título de marqués de Tamarit.

El banquero genovés de origen judío Francisco Grillo fue uno de los grandes asentistas de dinero del reinado, enviando provisiones del mismo tanto a Flandes como al Principado. En 1690 compró un marquesado por 50.000 escudos de plata -500.000 reales de plata.⁽⁴³⁾

-Asiento del carruaje.

Los datos de los diversos asientos son los siguientes:

CUADRO IV. Asientos del Ejército de Cataluña.

FECHA	ASENTISTA	CANTIDAD	COSTE
22-VI-1689	J. Navarro	300 acémilas y 18 galeras (108 mulas).	437.442 Rs.
16-VI-1690	D. Pomar	600 acémilas, 20 galeras, 20 carros y 100 mulas sueltas (300 mulas).	
23-III-1691	D. Pomar	<i>Idem.</i>	
2-VIII-1691	D. Pomar	-----	
14-IV-1692	D. Pomar	1000 acémilas, 30 galeras y 100 mulas sueltas (280 mulas).	
16-I-1693	D. Pomar	300 acémilas y 6 galeras (36 mulas).	
21-IV-1693	D. Pomar	700 acémilas, 30 galeras y 100 mulas sueltas (280 mulas).	
30-IV-1694	D. Pomar	-----	
12-I-1695	D. Pomar	-----	
8-I-1696	D. Pomar	300 acémilas y 8 galeras (48 mulas).	
10-III-1696	J. Gálvez (Casa Pomar)	<i>Idem.</i>	378.880 Rs.
26-X-1696	J. Gálvez	350 acémilas y 2 galeras (12 mulas).	357.148 Rs.
1697	----	-----	1.022.992 Rs.

Fuente: AGS, GA, Legs. 2792, 2887 y 3012. AGS, Contaduría Mayor de Cuentas, 3ª época, Leg. 87.

M. GARZON PAREJA, La Hacienda de Carlos II, pp. 469-470.

Elaboración propia.

Según el cómputo de la Contaduría Mayor de Cuentas el valor total de los asientos ajustados con la casa Pomar era de 12.563.763 reales de plata. Si se suma todo el dinero admitido como gasto en el asiento de carruaje del Ejército de Cataluña

tenemos, sin contar el coste de la invernada de 1689-90, 14.024.197 reales de plata.

Para comparar este dato contamos con una relación, precisamente de 1689, del carruaje empleado por el Ejército de Cataluña en 1674-78 y 1684, es decir, en años de guerra. El resultado fue:

CUADRO V

AÑO	CAMPAÑA				INVERNADA			
1674	391 mulas	y	870 acémilas		72 mulas	y	282 acémilas	
1675	126	"	y 697	"	72	"	y 202	"
1676	120	"	y 900	"	72	"	y 128	"
1677	150	"	y 869	"	48	"	y ---	"
1678	150	"	y 1002	"	48	"	y 202	"
1684	150	"	y 565	"	--	"	y 88	"

Fuente: AGS, GA, Leg. 2826. Elaboración propia.

El coste fue de 7.296.810 reales de plata. Para 1689 se evaluó una necesidad de 510 acémilas y 105 mulas durante la campaña, reducidas a 60 acémilas durante el invierno; el gasto sería de unos 482.790 reales de plata.⁽⁴⁴⁾ En realidad y siguiendo los datos aportados para el asiento de 1689 con Joan Navarro, el dispendio del citado asiento fue superior -437.442 reales de plata- teniendo en cuenta el número de animales aportados, además del salario de sus conductores. Por otro lado, los datos que poseemos sobre algunos asientos en relación a su coste parecen indicar que la cantidad debida a la casa de Pomar era muy elevada, a menos que incluyese los intereses pertinentes por atrasos. En el contrato se dejaba bien explícito el cobro de un interés del 8% anual por atrasos.⁽⁴⁵⁾ El precio era de cinco reales y medio al día por cada mula, cuatro reales al día por cada acémila, otros cuatro reales al día por cada mozo, teniendo en cuenta que habría uno

por cada cuatro mulas, dos por cada galera de seis mulas y otros dos por cada carro de cuatro mulas. Igualmente, se dispondría de un comisario por cada cincuenta animales, con un salario de 200 reales de plata al mes.

Según datos de 1692, el asiento del citado año para la campaña fue de 384 acémilas y 154 mulas -que contrastan con las 1.000 acémilas y 280 mulas del asiento "oficial"- con un coste de 499.099 reales de plata. Es el único caso en que no coincide, al menos aproximadamente, con las cifras aportadas por el propio asentista, incluso admitidas por la Contaduría Mayor de Cuentas. Con todo, varias circunstancias señalan la aceptación de un asiento por debajo de las necesidades reales. Como vimos, para la campaña de 1689 el virrey Villahermosa pedía 510 acémilas y 105 mulas; si el asiento con J. Navarro se fijó en 300 acémilas y 108 mulas fue porque, sencillamente, no había más dinero.⁽⁴⁶⁾

En 1691, por falta de carruaje de campaña, los asentistas de grano no pudieron enviar al asentista del pan de munición el grano necesario para cubrir las necesidades de las tropas, viéndose éste obligado a comprar pan *in situ*, incrementándose el costo. Tanto es así, que para la invernada de 1692-93 el virrey Medina Sidonia estudió la posibilidad de suplir las conducciones de Sant Feliu de Guíxols a Girona y desde allí hasta la Plana d'en Bas con bagajes del país -cuyo dispendio adelantaría a los particulares el asentista Joan Navarro-, previendo un ahorro de, por lo menos, 57.356 reales de plata.
(47)

-Asiento de granos y pan de munición.

Como acabamos de ver en el apartado anterior, el negocio del envío de grano al ejército estaba estrechamente relacionado con su transporte -carruaje del ejército- y con la elaboración del pan para las tropas. En 1691, el Veedor General del ejército aconsejó la separación del abastecimiento de granos y la fábrica del pan de munición. Estando uno y otra en manos diferentes, el asentista del pan podría controlar la cantidad y la calidad del grano -o la harina- entregado por el asentista de granos, pues él mismo se había obligado mediante contrato a elaborar una cantidad determinada de panes de una cierta calidad por cada cuartera de trigo entregada. De esta forma se procuraba evitar el fraude: entrega de granos de ínfima calidad, elaboración de panes sin respetar el peso oficial, etc.

Todos estos asientos se estipulaban teniendo presentes los lugares donde se entregaría la mercancía -usualmente los puertos en servicio y las principales plazas guarnecidas-; si se entregaba fuera de los puestos acordados, el asentista cobraría el coste de la conducción. El problema venía cuando fallaba el asiento de granos, entonces el asentista del pan de munición se veía obligado a comprar -y moler- trigo donde se hallasen las tropas, disparándose el precio final de la operación. (48)

La relación de asientos localizados por nosotros es la siguiente:

CUADRO VI

FECHA	ASENTISTA	CANTIDAD	COSTE (Rs.)
1689	F. Argemir	222.979 cuarteras	

FECHA	ASENTISTA	CANTIDAD	COSTE (Rs.)
1689	Marqués de Tamarit	42.416 "	
1689	P. Feu y J. Navarro	33.000 "	
1690	P. Feu y J. Navarro	78.000 cahíces y pan de munición	
1691	P. Feu y J. Navarro	Grano	1.344.000
1691	Marqués de Valdeolmos	132.466 cahíces	
1691/ 1695	J. Colomer	Pan de munición (a)	
1692	J. Navarro y J. Kies	Grano	
1693-94	Marqués de Valdeolmos	122.267 cahíces(b)	2.256.000
1695-96	Marqués de Valdeolmos	132.000 cahíces(c)	
1696/ 1700	L. Giralt, F. Font y J. Colomer	Pan de munición	
1697	Marqués de Valdeolmos	98.198 cahíces	

Fuente: ACA, CA, Leg. 339; AGS, GA, Leg. 2856; B.N., Ms. 2406; AGS, Estado, Leg. 3993; AGS, GA, Leg. 2917; AGS, GA, Leg. 2981; AHPB, notario J. Virgili, Man. Contr. Conc., legajo 3 y C. SANZ AYAN, Los banqueros de Carlos II, pp. 499-571.

(a) En 1692 era de 15.000 raciones de pan diarias.

(b) Esta cifra refleja el total de grano enviado entre mayo y octubre de 1693.

(c) El asiento estaba firmado para cubrir de mayo de 1695 hasta abril de 1696.

Como es lógico, las tensiones abundaron en la aplicación de los asientos de granos y en su cobro. A menudo el asentista se negaba a seguir enviando a Cataluña más grano si no se le liquidaba lo adeudado. Tal medida, en mitad de una campaña, era muy efectiva: podía frenar el desarrollo de la misma, obligando al virrey y a sus ayudantes a comprar grano a un precio más elevado, si tenían suerte y lo encontraban. Por ello, los virreyes solían calcular el monto total de los granos que se necesitarían, pidiendo el ajuste con el asentista de turno lo antes posible, sin olvidar la

liquidación del dinero que se le pudiera deber. La mejor forma de asegurar asientos futuros era un pago competente de los mismos.

A inicios de 1689, el virrey Villahermosa pedía un asiento de 199.892 cuarteras de grano para nueve meses -el resto de aquel año. Asimismo, indicaba un coste para la fábrica del pan de munición de 214.700 reales de plata. Pero ya se debían 288.000 reales al asentista Argemir, quien había dejado clara su negativa a colaborar si no cobraba.⁽⁴⁹⁾ En octubre se le renovó el asiento a Argemir dándole 160.000 reales de plata. Dos años más tarde, en octubre de 1691, P. Feu y J. Navarro aceptaron el asiento de granos por un valor de 283.920 reales de plata; un mes más tarde reclamaban a la Hacienda Real 1.344.000 reales de plata por lo que se les debía de años anteriores.⁽⁵⁰⁾ En febrero de 1697 se condenó a Argemir, Feu y Navarro a pagar una multa por pretender volver a cobrar unos atrasos de 1690 y 1692 ya liquidados. La multa para Feu y Navarro fue de 544.000 reales de plata aplicados al Ejército de Cataluña.⁽⁵¹⁾ Muy posiblemente este hecho motivó que desde 1693 el marqués de Valdeolmos fuese el principal asentista de granos del Ejército de Cataluña. A fines de aquel año ya había cobrado 2.256.000 reales de plata, adeudándosele otros 200.000. Dos años más tarde se le debían ya 4.800.000 de reales de plata, amenazando con no enviar nada más.⁽⁵²⁾ En cualquier caso, en la internada de 1696-97 el asentista Valdeolmos aún proveía de grano al ejército.

Gracias a un extenso informe de don Gregorio de Mella -de la Veeduría General- al virrey conocemos la aplicación práctica del asiento. El marqués de Valdeolmos se comprometía a llevar el grano a los puertos -fluviales o marítimos- de

Flix, Miravet, Sant Joan dels Alfacs, Tortosa, Tarragona, Barcelona, Torredembarra y Salou; en caso de entregar grano fuera de estos lugares se debería pagar la conducción desde las plazas citadas a razón de 9 $\frac{3}{5}$ dineros de ardites por legua y cuartera de trigo y 8 $\frac{2}{5}$ dineros de ardites por legua y cuartera de cebada, siguiendo los caminos más rectos en cada caso. En primera instancia, el coste sería de 612.031 reales de plata necesitándose 547 acémilas, pero el asiento del carruaje para aquella invernada era de 300 acémilas y dos galeras de seis mulas. Mella propuso, como ya se hiciera en otras ocasiones desde 1674, que el propio asentista realizase la conducción al precio estipulado de tres reales de ardites por cuartera de grano y legua, con lo cual el coste sería de 185.064 reales, ahorrando la Real Hacienda 427.120 reales de plata.⁽⁵³⁾ Gracias a este informe hemos podido elaborar un mapa donde se reflejan los lugares de desembarco del grano y aquellos otros a los que debía llegar -guarniciones de infantería y caballería. (Mapa n° 1)

Lamentablemente, apenas sabemos algo sobre el origen del grano enviado al ejército. Como se ha indicado, el asentista debía proveerlo sin especificarse su origen en el contrato -se supone que lo compraría donde fuese más barato-, adquiriendo partidas sobre el terreno en algunos casos. Sólo en las cuentas del Tenedor de Bastimentos del Ejército de Cataluña, F. Tazo lo fue de 1678 a marzo de 1690, hay algunas pistas. En líneas generales, el ejército es proveído por un gran asentista de grano. Hasta 1683 parece que fue el marqués de Tamarit, desde entonces F. Argemir se hace cargo, pero otros comerciantes -P. Dalmases es el más importante- venden grano al ejército. Desde 1685 se advierte la compra de pequeñas



Mapa nº 1.
Principales puertos, marítimos y fluviales, para la
distribución de grano a las guarniciones de Cataluña, 1696.
Fuente: AGS, GA, Leg. 3012. Elaboración propia.
Escala 1:1.000.000

cantidades de bastimentos -no sólo grano, sino también arroz, queso, habas y bizcocho- a particulares, generalmente de zonas cercanas a las guarniciones, repitiéndose algunos nombres de determinados lugares en los registros de Tazo. Para la Guerra de los Nueve Años ya lo hemos visto: hasta 1692 F. Argemir, P. Feu y J. Navarro son los principales asentistas, desde 1693 lo fue el marqués de Valdeolmos. Una lectura posible de este fenómeno sería la utilización profusa del pequeño vendedor en épocas de paz, para pasar al gran asentista -que puede proporcionar cantidades superiores, obviamente- en época de guerra. (54)

-Asientos de dinero.

La siguiente lista de asientos es provisional pues ha sido elaborada a partir del rastro de posibles préstamos en las cuentas de los diferentes pagadores del ejército. Básicamente, nos hemos fijado en la presencia de los factores barceloneses de cada asentista y las cantidades periódicas -mesadas- libradas por los mencionados factores al pagador de turno. La lista es la siguiente:

CUADRO VII

AÑO	ASENTISTA	CANTIDAD
1689-1690	Marqués de Tamarit	1.225.534 reales.
1689-1690	J. Carminati	460.800 reales.
1690	F. Grillo	1.000.000 reales.
1691-1693	F. Grillo	1.934.000 reales.
1694 a II-1697	Marqués de Tamarit	460.800 reales.
III-1696 a II-1697	Marqués de Valdeolmos y don J. Gálvez	7.196.704 reales.
IV-1697	Marqués de Tamarit y Marqués de Valdeolmos	720.000 reales.
1697	F. Bueno	1.513.600 reales.

Fuente: AHMB, *Consell, cartes comunes*, X-116; AGS, GA, Leg. 3045; AGS, CMC, 3ª época, Legs. 921, 3364, 2429, 1761 y 1341. C. SANZ AYAN, Los banqueros de Carlos II, pp. 499-571.

Junto a estos asentistas hay un grupo de personajes -hombres de negocios- que concedieron algún préstamo: es el caso de J. Mir (128.000 reales) en 1689; P.A. Julichi (16.000 Rs.), F. Arter (24.000 Rs.) y J.B. Sismundi (20.333 Rs.), en 1690; A. Barrios (159.270 Rs.), A. Carreño (35.200 Rs.) y G. Colla (16.000 Rs.) entre 1690 y 1693; J. Arleguá (12.800 Rs.), F. Arter (32.000 Rs.), J. Ballart (32.000 Rs.), Cinati y Fontena (96.000 Rs.), P. Anttia (50.000 Rs.), Andrian y Hopkins (19.200 Rs.), y A. Bueni y T. Vini (9.600 Rs.) entre 1694-97. Sin duda las dificultades para el envío de numerario en la cantidad requerida en 1697 obligaron a ampliar el número de negociantes que prestarán dinero, entonces, incluso, con nuevos intermediarios en Barcelona: los cónsules ingleses en la ciudad condal Shallet y Grove actuaron en nombre de F. Arter (105.600 Rs.) y en el de F. Stone (66.156 Rs.); Ch. Stopani y J. Andriani (49.126 Rs.), Ballard y Stone (96.000 Rs.), y F. Blanco (17.044 Rs.) son otros negociantes.⁽⁵⁵⁾

La cantidad enviada mediante asientos de dinero es 15.523.416 reales de plata, un 34,1% del total consignado en las cuentas de los pagadores.

-Otros asientos.

CUADRO VIII

FECHA	ASENTISTA	PRODUCTO	COSTE
24-IX-1689	P. Carses	Construcción de una torre defensiva en Castellfollit.	48.000 Rs.
20-XII-1689	F. Rovira	Madera para montar la artillería.	15.660 Rs.
5-II-1690	E. Andreu	Medicinas y bastimentos.	----

FECHA	ASENTISTA	PRODUCTO	COSTE
5-I-1692	P. Sensat	2.000 uniformes.	120.640 Rs.
1692	J. Aldaz	18.000 quintales de balas.	-----
19-V-1693	F. Rovira	Madera para montar la artillería.	12.690 Rs.
1696	J. Aldaz	18.000 quintales de balas.	-----
28-III-1697	L. Verde	Madera para montar la artillería.	16.374 Rs.
28-III-1697	E. Andreu	Medicinas y bastimen- tos para los hospita- les de Cataluña.	-----
1697	J. A. Gastón	Medicinas para el Ejer- cito de Cataluña.	-----

Fuente: AHPB, notario J. Virgili, Man. Contr. Conc., legajo 3. B.N., Ms. 2403, Villahermosa al rey, 10-II-1690. C. SANZ AYAN, Los banqueros de Carlos II, pp. 499-571.

J. Graells fue el principal asentista de los vestidos de munición -uniformes-, que le reportaron un negocio de 1.359.290 reales de plata cobrados en 1691.⁽⁵⁶⁾ Además de estos negocios, tenemos constancia de un gasto de 1.841.606 reales de plata en vestuario a partir de 1692.⁽⁵⁷⁾

En armas se gastaron 525.504 reales de plata, pero hubo otros 348.721 reales presupuestados como necesarios para comprar o arreglar armamento, aunque no sabemos si efectivamente se gastaron.⁽⁵⁸⁾

5. La sociedad catalana: entre el beneficio y la ruina económica.

"Devem també advertir y reparar en lo molt que fan las demes provincias de España per a defensa y conservació de Cathalunya immediatament, porque

encara que en això se defensen à ellas mateixas, puix Cathalunya és sa muralla, ab tot estant més remotes del enemich, tenen més lluny lo dany y tenint-lo nosaltres tant prop, devem en quant se puga ajudar al remey. A més que à la veritat, lo Real Exèrcit fa benefici à aquest Principat, en lo qual estem tots advertint que no entra diner algun per via del comers, que està totalment perdut; antes bé ne iixan (sic) cada dia sumas considerables, de forma que nos trobaria una dobla sino fos per las que las tropas expendeixen y gastan en Cathalunya, agotant tota Espanya en ella sos tresors, tant ab lo que las províncies envian per a sustento del(s) tercios provincials, com ab las quantitats que lo rey Nostre Senyor envia per a sustento de las demès tropas, que són tan grans que no tenen numero, a més del que consumen tants senyors, cavallers y homans coneguts, que serveixen al Rey, los quals poch ó molt tenen alguna assistencia de sa casa y tot se són y se gasta aqui.

Ben experimentada tenen esta veritat los mateixos pagesos, puix venen millor sos fruits, y en particular los homens de negoci, botiguers y generalment tots los menestrals, los quals sense la gent de guerra ni tenen que vendre, ni que treballar, ni alcançan un real. Y així no deu Cathalunya escusarle de servir al mateix si en allò que sas forçes pogan suportar, y pot fero (sic) ab mayor comoditat, puix tot se queda en ella". (59)

Las instituciones políticas catalanas eran las autoras de estas aseveraciones, mezcla de propaganda y realidad, pretendiendo convencer a un campesinado que, de 1687 a 1689 -la *Revolta dels Gorretes*-, había manifestado su descontento por la mala aplicación y los abusos del sistema de alojamientos de tropas practicado en el Principado. Ciertamente, el Ejército Real terminaba por ser una carga tanto o más dura que la invasión estacional del enemigo en época de guerra, pero dicha situación no puede ocultarnos dos realidades bien distintas. Por un lado, el volumen de gasto realizado por la Corona -y por la propia Cataluña- con motivo de la guerra. Por otro lado, hay que responder a la pregunta ¿Qué sector/es social/es se beneficiaba/n con la presencia del ejército?

La primera parte de este capítulo se ha destinado a responder la cuestión primigenia en lo que respecta a la Corona. Cabría añadir, no obstante, el esfuerzo de guerra catalán. La ciudad de Barcelona alegaba un gasto de 3.022.061 reales de plata en tropas y 1.426.388 reales en otros gastos de tipo bélico -4.448.449 reales de plata en total. La *Generalitat* justificaba un dispendio de 2.086.480 reales de plata en el mantenimiento de su tercio durante la guerra. Por su lado, el donativo que se recaudó estos años en el Principado para financiar en parte el coste de la caballería real fue de 365.069 reales.⁽⁶⁰⁾

Tales cifras no incluyen, por ejemplo, el extraordinario esfuerzo del Principado desde 1695, cuando pagó dos tercios nuevos, o las levas realizadas con motivo del sitio de Barcelona en 1697. Una ciudad como Vic alegraría un gasto de 700.527 reales de plata durante la guerra, mientras Manresa

gastaba 30.589 reales sólo en tropas los dos primeros años de guerra. (61)

El territorio conquistado por el enemigo desde 1694 -villas del Empordà, el condado de Palamós, la veguería de Girona y el vizcondado de Hostalric- pagaron el gasto de su conquista, pero además la exención de hacer somatenes o levantar milicias para Francia. Por derecho de conquista, todas las rentas del rey de España situadas en esa zona pasaron a Luis XIV. El coste de la guarnición francesa de Girona, entre 1694 y 1697, fue de 89.300 reales de plata. Sólo en 1694, y con posibilidad de pagar hasta 1695, se imponen 620.310 reales de plata al país conquistado de Cataluña como impuestos a percibir por el enemigo. (62)

Las cifras aportadas son aproximativas, pretendiéndose con su exposición reflejar únicamente el volumen de gasto al que conducía la guerra.

Si bien podemos discutir si el monto total de numerario destinado a Cataluña era adecuado para el mantenimiento del ejército y comparable con lo gastado en Milán o Flandes, queda claro el coste que representaba para la Monarquía Hispánica el frente catalán, y las ventajas obtenidas por los moradores del Principado, reflejadas, aunque matizables, en el panfleto anteriormente citado. Como es obvio, tal situación no era desconocida en la Corte. Ya en 1684 don Melchor Portocarrero, del Consejo de Guerra, dejaba constancia de la ventaja que podía significar el mantenimiento de parte de la caballería de Cataluña en Castilla, "...no pudiendo dejar de decir que aunque se necesitan de tan grandes cantidades como estas para mantenerlos en Castilla y que con mucho menos se mantendrán en Cataluña, [h]ay tan bien gran diferencia en que el dinero que

se consume aquí vuelve sucesivamente al comercio y a los contribuyentes con que no se abstrae del beneficio común y, al contrario, el que pasa a Cathaluña no vuelve a utilizar a Castilla razón que en la estrechez de moneda en que nos hallamos se debe ponderar mucho".⁽⁶³⁾ Algunos años más tarde, en 1689, la opinión sigue siendo la misma: considerando las ventajas para el Principado de un donativo destinado a mantener la caballería, el documento añade: "...además que todo el dinero que desembolsaren en común y en particular para este servicio, se volverá a recobrar por el mismo <h>orden en la venta de los frutos y otros géneros, a que da más crecido valor el mucho número de gente de guerra para cuyo sustento entraron y entran en el Principado sumas cuales no logra otra provincia".⁽⁶⁴⁾

Como se ha explicado antes, un ejército puede ser un excelente cliente siempre que las tropas dispongan del dinero suficiente para pagar lo consumido en el país. La falta de regularidad en las pagas conducía a los abusos y a la mala relación con los naturales mientras duraba el alojamiento. Sin duda, el campesinado catalán podía beneficiarse de la demanda que suponía la presencia de tropas, ya fuesen foráneas o reclutadas en el país, así como diversos sectores del artesanado -compra de utensilios, armas, complementos militares, calzado, ropa, herraje de caballos, etc.,- pero también era mucho el daño que podían llegar a causar: en 1694, por ejemplo, en el entorno de Barcelona se alojaron 12.000 hombres, comenzando muy pronto las quejas por los robos de trigo, cebada y hortalizas "...ab violencias, ab amenaças y paraulas injuriosas contra sa fidelitat (del campesinado) tractant-los de barretinas y gavatgs (sic), publican tenen

aqueix orde y que puix també se no haurian de aportar los enemichs millor és que ells sen aprofiten y lo pitjor és que després a sa vista y altrament publicament ho venen, lo quens té en un grandissim conflicte tement que no se apure la paciència dels ultrajats que no ocasione algun escàndol y ensengue algun foch que després nos puga apagar sino ab efusió de sanch...".⁽⁶⁵⁾ Con todo, el *Consell de Cent* de la ciudad de Barcelona era consciente de la necesidad que impulsaba a las tropas, mal asistidas por el rey, no pudiendo evitarse "...las fugas dels soldats que ab pretext de anar a cercar verduras tenen més llibertat y ocasió de fugir, com en efecte dihuen que desertan molts, y que està disminuint notablement lo real exèrcit y tots se queixan de falta de pagas y que no són assistits que és llastima veurer la miseria passan".⁽⁶⁶⁾

En definitiva, es muy difícil aseverar con rotundidad si la presencia del ejército en el Principado tuvo unas consecuencias positivas o negativas para su población. Quizás la respuesta más coherente sea decir que pudo favorecer a algunos en ciertas circunstancias y en determinados lugares de Cataluña, pero trajo la desgracia y el desasosiego a muchas más personas durante más tiempo. ¿Hubo algún sector más claramente beneficiado?

-Los beneficios de la guerra y la actitud política.

La historiografía catalana ha sido especialmente sensible en relación al estudio de la recuperación económica de Cataluña y al papel de la burguesía en las décadas que nos ocupan.⁽⁶⁷⁾ En cambio, ha profundizado poco en la posible vinculación

entre intereses económicos, actitud política y la situación de guerra vivida en el Principado.

La lealtad política a la Monarquía de un hombre como Narcís Feliu de la Peña es bien conocida, pero habría que insistir en el grado de sintonía alcanzado entre una y otra parte. En septiembre de 1684, ante la disyuntiva de la introducción en Barcelona de dos tercios para su custodia, cuando aún no se habían licenciado los 5.000 hombres del regimiento de la Coronela de la ciudad que habían cumplido, precisamente, dicha misión, se formó una junta para discutir tal cuestión con el virrey. Narcís Feliu no sólo no aceptó el encargo de presentar las demandas al virrey, sino que informó inmediatamente de lo acontecido, a espaldas de la junta, al presidente del Consejo de Aragón, don Pedro A. de Aragón.⁽⁶⁸⁾ Tal situación no significó un distanciamiento entre Feliu y el *Consell de Cent*, de hecho, en junio de 1684 había actuado como agente supervisor de los tercios pagados por la ciudad,⁽⁶⁹⁾ pero tenía muy presente a quién debía su fidelidad: en febrero de aquel mismo año el rey había ordenado a don Pedro A. de Aragón y al virrey Bournonville su total cooperación y ayuda para que don Narcís sacase adelante sus proyectos económicos.⁽⁷⁰⁾

En otros casos, la lealtad política está más claramente vinculada al beneficio económico.

La compañía Feu-Feliu de la Peña tomó parte en el asiento de granos del ejército (1671-1692), así como en el del tren de artillería. En 1690-91 el *cavaller* Pau Feu y Joan Navarro eran los administradores y principales socios del asiento de granos. El resto de arrendadores eran personas del mismo círculo como los *ciutadans honrats* Joan Llinàs, Jaume Falguera -*conseller* en 1688- y Francesc Feliu de la Peña; los

mercaderes Joan Lapeira, Andreu Trulles, los holandeses J. Kies y A. Jäger, así como el comerciante J. Puigguriquer.⁽⁷¹⁾

Joan Lapeira fue uno de los artífices del préstamo al virrey de 128.000 reales de plata en 1689, cuando se hallaba sitiando Camprodon, ayudando igualmente a la consecución de otro donativo para vestir a la caballería en 1690.⁽⁷²⁾

Joan Navarro actuó como asentista del tren de artillería en 1689, y junto a J. Kies como factor del asentista F. Argemir en Cataluña, 1691-92. La primera noticia que tenemos sobre él es el préstamo para las fortificaciones de Cataluña realizado con anterioridad a 1686, fecha en que se le comenzó a devolver. J. Navarro era un hombre bien considerado en el círculo del poder virreinal, donde se le tenía por persona cumplidora, al igual que Pau Feu, cuya compañía había llegado a comprar trigo del ejército al propio virrey de Cataluña en 1687. Pero desde 1692 ambos desaparecen de los negocios directos con el ejército. El motivo más plausible es el ya apuntado con anterioridad: pretender cobrar una partida de los asientos de 1690-92 ya librada por la Real Hacienda.⁽⁷³⁾

El mercader Jaume Teixidor, *conseller* en 1690, comenzó su maridaje con el poder a partir de 1677, cuando prestó al virrey San Germán los 80.193 reales de plata que le faltaban para cumplimentar el asiento del carruaje y tren de artillería. En 1684 prestó 128.000 reales al virrey Bournonville y compró para su hijo el oficio de Receptor de la Baylia General por 6.400 reales de plata, "aunque en el aprieto y necesidad presente, fuera más el servicio de Dios y del Rey, que entregase Texedor estos 200 doblones en la Pagaduría General, para socorrer los pobres soldados que van pidiendo limosna por las calles", dirá amargamente el virrey.

(74) Nos volvemos a encontrar a Jaume Teixidor junto a P.A. Bastero -ciudadà honrat en 1689- como factores del marqués de Tamarit y, más adelante, del marqués de Valdeolmos. Ambos vendieron 12.881 cuarteras de grano al ejército en 1689 mientras se ajustaba el asiento correspondiente. En 1691 prestaron dinero para mantener las galeras napolitanas mientras estuvieron en Barcelona.(75)

Los mercaderes holandeses J. Kies y A. Jäger actuaron como factores del Consejo de Guerra y de la Junta de Milicias en sus envíos de dinero a Cataluña. Tan estrecha relación con el poder no es de extrañar, pues ambos "s'ufanaven d'haver ajudat al govern durant l'alçament camperol de 1688". En 1690, tras recibir el apoyo del marqués de Leganés, virrey de Cataluña entre 1684 y 1688, y del virrey Villahermosa, consiguieron, a pesar de las objeciones del Consejo de Aragón, un título de *cavaller* para J. Kies y otro de *ciudadà honrat* para A. Jäger. (76)

F. I. Alegre, *conseller* en 1687, 1688 y 1689, *mostaçaf* en 1690, formó parte del *Consell de Cent* de Barcelona como militar en 1683, 1684, 1691 y 1696. Alegre actuó como factor en Cataluña del asentista F. Argemir en 1689, pero sus negocios le llevaron rápidamente a convertirse en el más importante factor en el Principado de los asentistas de dinero para el Ejército de Cataluña, tarea que compartía con los personajes anteriores.(77)

La lista de los factores catalanes y el dinero adelantado es la siguiente:

CUADRO IX

AÑOS	FACTORES	ASENTISTA	DINERO
1688-1690	Teixidor y Bastero	J. Carminati	460.800 Rs

AÑOS	FACTORES	ASENTISTA	DINERO
1688-1690	Teixidor y Bastero	M. de Tamarit	825.534 Rs
"	"	M. de Valdeolmos	291.642 Rs
TOTAL			1.577.976 Rs
1688-1690	F. I. Alegre	F. Argemir	15.163 Rs
1688-1690	F.I. Alegre	F. Grillo	516.070 Rs
TOTAL			531.233 Rs
1688-1690	Kies y Jäger	A. Ruiz	883.200 Rs
"	"	F. Grillo	480.000 Rs
TOTAL			1.363.200 Rs
1688-1690	Antic y Mascaró	J. Mir	32.000 Rs
"	P. Feu	J. Mir	96.000 Rs
"	P. Dalmases	Cl. Payer	1.600 Rs
TOTAL FINAL			3.602.009 Rs
1690	Teixidor y Bastero	M. de Tamarit	400.000 Rs
"	"	Sismondi	20.333 Rs
TOTAL			420.333 Rs
1690	F. I. Alegre	F. Grillo	204.640 Rs
"	Varios	Varios	40.000 Rs
TOTAL FINAL			1.271.373 Rs
1690-1693	Teixidor y Bastero	M. de Tamarit	58.933 Rs
"	P. A. Bastero	A. Barrios	16.000 Rs
"	F. I. Alegre	F. Grillo	1.934.531 Rs
1690-1693	Kies y Jäger	A. Ruiz	585.856 Rs
"	"	De la Corte	128.000 Rs
"	"	Doria	16.000 Rs
"	"	P. Pomar	38.673 Rs
"	-----	Kies y Jäger	24.049 Rs
TOTAL			792.587 Rs
1690-1693	-----	Feu y Navarro	2.000 Rs
"	P. Feu	A. Carreño	35.200 Rs
"	M. Salavert	M. de Valdeolmos	418.292 Rs
"	J. Graells	A. Barrios	143.270 Rs
"	"	G. Colla	16.000 Rs
TOTAL FINAL			3.416.804 Rs
1694-1697	Teixidor y Bastero	M. de Tamarit	460.800 Rs
1694-1697	"	Varios	99.200 Rs
TOTAL			560.000 Rs
1694-1697	M. Salavert	M. de Valdeolmos	132.098 Rs
"	Varios	Varios	555.160 Rs
TOTAL FINAL			1.247.258 Rs
1697	Teixidor y Bastero	M. de Tamarit	248.800 Rs
"	"	Varios	82.726 Rs
TOTAL			331.526 Rs
1697	F. I. Alegre	F. Bueno	1.513.600 Rs
"	Kies y Jäger	A. Ruiz	331.584 Rs
"	Varios	Varios	752.000 Rs
TOTAL FINAL			2.928.710 Rs

Fuente: AGS, CMC, 3ª época, Legs. 921, 3364, 2429, 1761 y 1341. (78)

Por manos de factores catalanes -o negociado en Barcelona- pasaron 12.466.154 reales de plata, un 27,37% del total de dinero enviado. Ahora bien, según en qué momentos, el dinero adelantado por los factores catalanes fue superior a dicha cifra media: en 1688-1690 significó el 64,03%; en 1690 un 43,59%; entre 1690 y 1693 se redujo al 29,66%; de 1694 a 1697 representó un 7,3% y, finalmente, el resto de la campaña de 1697 un 34,85%.

A nivel individual, J. Teixidor y P.A. Bastero adelantaron 2.964.768 reales de plata -un 23,78% del total negociado en Barcelona-; F. I. Alegre adelantó 4.184.004 reales de plata, un 33,56% del total, convirtiéndose en el principal factor en volumen de negocio; los holandeses J. Kies y A. Jäger adelantan 3.093.771 reales de plata, un 24,81%. Finalmente, pequeños factores negociaron el 17,85% restante.

Buena parte de esta nómina de burgueses más o menos vinculados al poder del *Consell de Cent* nos la encontramos como fiadores de otros tantos arrendadores de derechos de la ciudad de Barcelona: a título de ejemplo, cuando el mercader J. Lapeira -*conseller* en 1692- se hizo cargo de la caja de la *Taula de canvi i Banch* (banco) de la Ciudad, estuvieron dispuestos a respaldarle el *cavaller Pau Feu*, el *ciutadà honrat Joan Llinàs*, primo de Narcís Feliu de la *Penya*, y Jaume Teixidor, entre otros. Los ejemplos podrían sucederse, apareciendo habitualmente los nombres de Pau Feu, A. Jäger, J. Teixidor, P.A. Bastero, J. Lapeira y J. Puigguriquer.⁽⁷⁹⁾

Algo parecido ocurre con los derechos de la *Generalitat*: fueron fiadores de la Diputación P.A. Bastero, J. Kies y A. Jäger en 1689-1691; J. Puigguriquer lo fue en 1695-1697. En

años anteriores, P. Feu, J. Teixidor y J. Lapeira también participaron del negocio.⁽⁸⁰⁾

Desde 1692 este lobby -¿Podemos hablar de lobby?- parece, a juzgar por la documentación, que se desvincula de sus tratos directos con la Corte -¿Por crecientes dificultades económicas propias o de la Hacienda Real?- dedicándose exclusivamente a servir de intermediarios de los grandes asentistas del momento. En todo caso, ¿qué representó la guerra para esta gente? ¿era un negocio en sí o pretendían que sirviese para reducir la competencia extranjera?

Sin duda, este sector de la burguesía barcelonesa cercana a las instituciones políticas catalanas y al poder virreinal se benefició económica y socialmente con la contienda, pero una guerra a gran escala y de larga duración sostenida por una monarquía debilitada económicamente podía convertirse en un mal asunto. J. Carrera Pujal alude a la guerra como principal causa de la "mala suerte" de la Compañía comercial de la Santa Cruz, un proyecto personal del propio Feliu de la Peña.⁽⁸¹⁾ En la correspondencia comercial de Pau Dalmases, un mercader de reconocida militancia austracista, se dejan entrever las dificultades que acarreaba la contienda: en 1696 no podía atender algunos pedidos por "...causa de que no se trabaja en Camprodón por causa de la guerra y [h]aber tanta falta de lana como [h]ay".⁽⁸²⁾ Y en otra comenta: "...y si lo que se dice de paces fuera verdad esto sería el único remedio para todos...".⁽⁸³⁾

Finalmente, si Feliu de la Peña lamentaba en su Político discurso (1681) que en Cataluña entrasen anualmente ropas por valor de 700.000 escudos y apenas si se exportaba por valor de 50.000, entre 1696 y 1699 la situación empeoró, pues la cifra

del coste de las importaciones había aumentado a un millón y medio de escudos.⁽⁸⁴⁾ Este último año, las cofradías de Barcelona pidieron encarecidamente al virrey Hesse-Darmstadt que impidiese la introducción de ropas extranjeras.⁽⁸⁵⁾

Cabe constatar, pues, no sólo la ineficacia del fenómeno bélico como herramienta capaz de frenar la competencia extranjera, sino también el lastre que podía significar para los negocios ya establecidos.

¿Influyó esta realidad bélico-económica en la actitud política de este sector de la burguesía barcelonesa?

Ciertamente. La guerra de 1684 y los acontecimientos relacionados con la *Revolta dels Gorretes*, 1687-1689, demostraron el apoyo incondicional del mencionado sector a la Corona, siendo recompensada su fidelidad con títulos de *cavaller* -Pau Feu en 1683, J. Kies en 1690- o de *ciudadà honrat* -A. Jäger en 1690-, como hemos visto. A partir de 1689, la Guerra de los Nueve Años, con las continuas invasiones del territorio catalán por el enemigo galo, mantuvo viva, ayudada por las tensiones y corruptelas en la Corte entre el partido francés, el bávaro y el austriaco, la llama del odio hacia el vecino, principal competidor económico, manteniéndose estos hombres fieles a un sentimiento político austracista.⁽⁸⁶⁾ Su recompensa llegó de manos del Archiduque Carlos, quien nombró caballeros a Narcís Feliu de la Penya, Joan Llinàs, Josep Feu, Jaume Teixidor y a Joan Lapeira.⁽⁸⁷⁾

Evidentemente, la guerra se percibió con una óptica muy distinta en otros sectores sociales. Haciéndonos eco de la carga que significaba la guerra para las pequeñas comunidades, podemos analizar el fenómeno a partir de algunos casos particulares. Ripoll alegó un servicio de 25 hombres de

somatén a Berga en 1690. Más adelante levantaron otros treinta durante diez días. El virrey mandó que enviasen catorce *terrelloners* -jornaleros- durante ocho días al Capçacosta y otros diez durante seis días a la carretera de Ribes al coll de Maians con la intención de arreglar los caminos para el paso de las tropas y el tren de artillería. Mientras, alojaron seis meses y medio una compañía de migueletes y a otra durante un mes. Los franceses les habían hecho pagar contribuciones y trece doblas por un soldado que les mataron los migueletes de España. Entre 1691-93 la caballería hispana había consumido 600 cuarteras de forraje y 300 de legumbres. Todo ello junto a los bagajes y tránsitos que han debido ceder al ejército.⁽⁸⁸⁾

Sabadell pagó en 1689 varios grupos de somatenes a seis reales de ardites al día más el pan de munición. También deben enviar 17 acémilas, con un coste de catorce sueldos al día para los bagajes del ejército. En 1693 levaron gente a razón de dos doblas de entrada y cuatro sueldos al día de paga. Entre 1694 y 1695 salen 180 hombres como somatén pagándoles seis reales diarios. En 1696 se les pidió servicios de bagajes, costándoles 18 reales cada par de acémilas. A fines de la campaña del citado año enviaron acémilas a Sant Celoni a cargar soldados enfermos para el Hospital de la Santa Creu de Barcelona a razón de una libra diaria por cada par de acémilas. En 1697, con motivo del sitio de Barcelona, Sabadell alega un gasto de 120 libras en bagajes y 41 libras en panes de munición para los somatenes de Cataluña.⁽⁸⁹⁾

En el caso de La Garriga, además del alojamiento de tropas y el donativo voluntario del Principado, 1690-94, en 1689 envían quince hombres a Granollers con una paga de ocho sueldos diarios. En 1693 fueron cinco para las levas

provinciales. Los años intermedios alegaron pobreza para evitar nuevas levadas, mientras hacían dinero para pagar la exención de alojamientos en el pueblo. En 1694 el municipio pagaba soldados, paja para la caballería y cortó para el rey 1.500 pinos -para montar el tren de artillería, estacas para fortificaciones, leña para las tropas, etc. En noviembre de aquel año debieron hacer una talla entre los habitantes para hallar dinero. El malestar era tal que en una reunión del consejo de la villa se llegó a deliberar si se daba o no la obediencia al general francés, como ya habían hecho otros pueblos. Al año siguiente, 1695, hubieron de enviar somatenes y trabajadores a la fortificación de Hostalric, para pagar todo lo cual volvieron a hacer otra talla.⁽⁹⁰⁾

A título de ejemplo, podemos observar como la situación era parecida para los pueblos del Rosselló. En el caso de Tuïr, sus habitantes hubieron de pagar diez hombres armados con espada y fusil durante toda la guerra. En caso de deserción o de muerte debían reponer la gente que faltase. En 1691 se vieron obligados a hacer una talla para pagar soldados voluntarios, ya que muchos de los enviados por el pueblo eran rechazados por ser excesivamente jóvenes o por su "mala calidad". Estos soldados voluntarios llegaban a cobrar 33 francos de entrada, hundiendo en la miseria al pueblo.⁽⁹¹⁾ Sólo en Prats de Molló, en 1690, el tren de artillería y el convoy de aprovisionamiento del ejército francés se comió 357 cargas de grano y 6.438 quintales de hierba; la caballería otras 396 cargas de cebada...⁽⁹²⁾

Con estos ejemplos esperamos haber demostrado la existencia de dos lógicas bien diferentes: por un lado, la campesina, la de las pequeñas villas, sistemáticamente asaltadas por las

necesidades económicas que comporta la guerra; y, por otro lado, la burguesa urbana y, en especial, la de un sector muy particular radicado en Barcelona y cercano al poder real, al que apoya, pero del que también se beneficia, aunque sea a costa de una situación bélica que empobrece a buena parte de la población catalana. Por otro lado, es muy poco lo que sabemos sobre los posibles beneficios obtenidos por la burguesía con rentas agrarias o los hacendados de ciertas zonas del Principado -la guerra para todo el Norte de Cataluña fue ruinoso sin discusión. Como hemos visto, coyunturalmente se podía llegar a comprar granos para cubrir las necesidades del ejército, así como recurrir a las manufacturas locales. El problema está en evaluar estos beneficios en función del saqueo, requisas y destrozos producidos por las tropas que padecieron otros sectores socioeconómicos en diversas zonas geográficas y en momentos diferentes a lo largo de la guerra.

Nuestra intención no ha sido, en definitiva, justificar la, en palabras de R. García Cárcel, "paradójica fidelidad" a la Monarquía hispana por parte de la burguesía catalana,⁽⁹³⁾ sino explicarla en función de sus intereses económicos en un trasfondo bélico.

NOTAS

1. M. MORINEAU: "El crecimiento indeciso...", en P. Leon: Historia Económica y Social del Mundo, Vol. II, p. 188.
2. P. GOUBERT: El Antiguo Régimen: los poderes, p. 149.
3. I. WALLERSTEIN: El moderno sistema-mundial. La agricultura capitalista..., p. 199.
4. J. de VRIES: La economía de Europa en un período de crisis, 1600-1750, p. 208.
5. J. BERENGER: L'Europe au début du XIVE. à la fin du XVIIIe. siècles. Histoire Générale de l'Europe, Vol. II, p. 344; M. MORINEAU, Op. cit., pp. 188-9; C. M. CIPOLLA et alii.: Historia económica de Europa. Siglos XVI y XVII, pp. 90, 103-4, 108, 126 y 299-302.
6. E. SILBERNER: La guerra en el pensamiento económico. P. R. CAMPOMANES: Discurso sobre el fomento de la industria popular. Ed. de J. REEDER, p. 310.
7. M. P. GUTMANN: War and rural life in the Early Modern Low Countries, pp. 89 y 110, especialmente. E. STUMPO: "Spese e guadagni militari nel Piamonte del Seicento", en Studi Storici, N° 2, 1986.
8. L. MUMFORD: Técnica y Civilización, cita de Ruskin en la página 113.
9. C. R. FRIEDRICH: "La guerra y la sociedad alemana...", en G. PARKER: La Guerra de los Treinta Años, pp. 299-308. Las mismas consecuencias sombrías en el caso extremeño durante la Guerra de Restauración de Portugal, 1640-1668, en F. CORTES: El Real Ejército de Extremadura, pp. 79-90. G. PARKER: "Guerra y cambio económico: los costos de la revuelta holandesa", España y los Países Bajos, 1559-1659, pp. 245-280.
10. M. ARTOLA: La Hacienda del Antiguo Régimen, pp. 91-157; G. PARKER: El Ejército de Flandes..., pp. 67, 191. R. CARANDE: Carlos V y sus banqueros, 3 Vols. Madrid, 1949, (2ª ed. 1968), Vol. II, pp. 3-25, 199-211 y Vol. III. M. ULLOA: La Hacienda real de Castilla en el reinado de Felipe II. FUE, Madrid, 1986. A. DOMINGUEZ ORTIZ: Política y Hacienda de Felipe IV, Madrid, 1960, pp. 3-154.
11. M. ARTOLA: La Hacienda del Antiguo Régimen, pp. 209-220.
12. M. GARZON PAREJA: La Hacienda de Carlos II, pp. 47 y 481.
13. M. MORINEAU: El crecimiento indeciso, 1580-1730, Op. cit., pp. 80-86.
14. AGS, C.M.C., 3ª época, Legs. 921, 3129, 3364, 2429, 1761 y 1341. Las cifras cubren el período VI-1688 a X-1697, tan sólo falta por reflejar el mes de enero de 1694.

15. AGS, Estado, Leg. 3993, consulta del Consejo de Estado, 27-II-1694. Según este documento, el total gastado en la guerra los cinco primeros años era de 14.563.134 escudos de plata y 12.735.925 escudos de vellón. Para el duque de Osuna, del Consejo de Estado, tal cifra era ridícula. Creía que faltaban más partidas de gastos y que, sobre todo, no era conveniente que los aliados se enterasen del, a su juicio, escaso esfuerzo de guerra hispano o alegarían, con razón, la exigua contribución a la causa común.
16. AGS, Estado, Leg. 3885, relación de gastos del 29-V-1692.
La cita en AGS, Estado, Leg. 3886, consulta del Consejo de Estado, 7-XI-1692.
17. AGS, Estado, Leg. 4182, Resumen General de la Real Hacienda, 1697.
18. AGS, Estado, Leg. 4138, consulta del Consejo de Estado, 23-I-1693.
AGS, Estado, Leg. 3418, marqués de Leganés, virrey de Milán, a Carlos II, 28-VII-1693.
19. AGS, Estado, Leg. 3421, consulta del Consejo de Estado, 12-IV-1695 sobre numerario enviado desde España en 1694.
AGS, Estado, Leg. 3423, consulta del Consejo de Estado, 23-VIII-1696.
AGS, Estado, Leg. 3425, marqués de Airolido a Leganés, X-1696.
20. John HALE: Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620, pp. 235-36.
21. Vid. AGS, Guerra Antigua, Legs. 2858, 3012, 3043 y ACA, Consejo de Aragón, Leg. 460.
22. ACA, CA, Leg. 449, Bournonville a Francisco Izquierdo, secretario del CA, 25-III-1684 y CA, Leg. 336, *Idem.*, 31-III-1684.
23. ACA, CA, Leg. 457, virrey Melgar a Carlos II, 7-VIII-1688. Melgar dio diez reales de plata a cada soldado de caballería.
24. AGS, GA, Leg. 2609, Leganés al Consejo de Guerra, 22-X-1684.
25. AGS, Contaduría del Sueldo, 2ª época, Leg. 317.
26. Biblioteca Nacional (B.N.), Ms. 2406, virrey Villahermosa al rey, 5-II-1689.
27. AGS, GA, Leg. 2981, consulta del Consejo de Guerra, 26-IX-1695.
M. GARZON PAREJA: La Hacienda de Carlos II, p. 174.
28. AGS, GA, Leg. 2826, consulta del Consejo de Guerra, 23-III-1690.
B.N., Ms. 2401, Informe de Villahermosa con el tanteo del pago del ejército durante un año, 27-IX-1690.
AGS, GA, Leg. 2827, consulta del Consejo de Guerra, 17-II-1691.

29. ACA, CA, Leg. 464, virrey al Consejo de Aragón, 23-II-1692.
30. ACA, CA, Leg. 467, "Presupuesto del Pagador General del ejército", 8-I-1693.
31. B. N., Ms. 2406, Villahermosa a Haro, secretario del Consejo de Aragón, 26-III-1689.
32. AGS, GA, Leg. 2947, Junta de Tenientes Generales, Consejo de Guerra, 16-III-1694. *Ibidem*, consulta del Consejo de Guerra, 29-V-1694.
AGS, GA, Leg. 2949, consulta del Consejo de Guerra, 16-IX-1694.
33. AGS, GA, Leg. 2980, consulta del Consejo de Guerra, 18-VI-1695.
AGS, GA, Leg. 2982, consulta del Consejo de Guerra, 5-X-1695.
34. AGS, GA, Leg. 3012, Veedor General del ejército al Consejo de Guerra, 31-I-1696.
35. AGS, GA, Leg. 3013, Gastañaga al rey, 10-VI-1696.
Ibidem, Gastañaga y Veedor General al Consejo de Guerra, 8-VI-1696.
36. AGS, GA, Leg. 3014, conde de Montijo al Consejo de Guerra, 21-X-1696.
AGS, GA, Leg. 3012, virrey Velasco a Carlos II, 27-X-1696.
AGS, GA, Leg. 3045, consulta del Consejo de Guerra, 4-II-1696.
37. AGS, GA, Leg. 3045, consulta del Consejo de Guerra, 1-IV-1697.
38. AGS, Estado, Leg. 4182, consulta del Consejo de Estado, 23-VII-1697.
39. AGS, GA, Leg. 3075, virrey Hesse-Darmstadt al Consejo de Guerra, 4-VII-1698.
40. ADPO, 1C Legs. 10 a 15, pagos del Ejército del Rosselló, 1689-1694. Las cifras que hemos encontrado para 1695-7 no están completas, pero teniendo en cuenta el número de hombres y lo pagado hasta entonces se puede admitir un gasto final de, por lo menos, 125.000.000 reales de plata.
41. I.A.A. THOMPSON: Guerra y decadencia..., p. 348.
42. C. SANZ AYAN: Los banqueros de Carlos II, pp. 88-93.
43. C. SANZ AYAN, Los banqueros de Carlos II, pp. 381-86, 409 y 425.
Duque de MAURA: Vida y reinado de Carlos II, p. 384.
44. AGS, GA, Leg. 2826, Villahermosa al rey, 26-II-1690.

45. AGS, CMC, 3ª época, Leg. 87. "Asientos de la casa de P. Pomar, 1690-96".
46. AGS, GA, Leg. 2826, Villahermosa al rey, 26-II-1690. El Consell de Cent de la ciudad de Barcelona prestó al virrey 127.600 reales de plata para pagar el carruaje de la artillería de aquel año. Vid. AHMB, Consell, Lletres closes, VI-107, 6-VIII-1689.
47. AHPB, notario J. Virgili, *Manuale contratum Concord.*, legajo 3, asiento entre el Veedor del ejército y J. Colomer, 4-V-1692.
48. AHPB, notario J. Virgili, *Idem.*, asiento entre el Veedor General y J. Colomer, 9-V-1691.
49. B.N., Ms. 2406, informe de Villahermosa, 5-II-1689.
AGS, GA, Leg. 2790, informe de Villahermosa, 27-III-1689.
50. AGS, GA, Leg. 2856, virrey al Consejo de Guerra, 6-X-1691.
AGS, GA, Leg. 2858, Memorial de Feu y Navarro al Consejo de Guerra, 10-XI-1691.
51. AGS, GA, Leg. 3045, consulta del Consejo de Guerra, 23-II-1697 y consulta del Consejo de Guerra, 29-IV-1697.
52. AGS, GA, Leg. 2917, consulta del Consejo de Guerra, 19-X-1693.
AGS, GA, Leg. 2981, consulta del Consejo de Guerra, 26-IX-1695.
53. AGS, GA, Leg. 3012, don Gregorio de Mella al virrey, 4,7,8 y 9-XI-1696.
54. AGS, CMC, 3ª época, Leg. 3223. Según Tazo, de 1678 a marzo de 1690 se habían consumido en el Ejército de Cataluña 1.847.997 raciones de pan de munición. Lamentablemente no se conservan las cuentas de bastimentos correspondientes al período 1690-97.
55. AGS, CMC, 3ª época, Legs. 921, 3364, 2429, 1761 y 1341.
56. AGS, Estado, Leg. 3993.
57. AGS, GA, Legs. 2917, 3011 y 3014.
58. AGS, GA, Legs. 2828, 2829, 2926, 2948 y 3011.
B.N., Ms. 2406.
Hay listas de peticiones de armas, sin incluir su coste, en: B.N., Ms. 2399; ACA, CA, Leg. 467 y AGS, GA, Legs. 2947 y 2887.
59. Biblioteca de Catalunya (B.C.), *Fulletts Bonsoms*, n° 4655 bis: Informe de verdaderas noticias per a lo major benefici, quietud y gloria de Catalunya, pp. 13-4.
60. Los gastos de Barcelona en B.C., F. Bonsoms n° 5546. Los de la Generalitat en ACA, *Generalitat*, G-121/7, G-121/8 y G-121/9. Sobre el donativo voluntario, cuentas de junio de 1690 a diciembre de 1694 en ACA, *Generalitat*, R/5.

61. Para Vic véase B.C., F. Bonsoms n° 5425. Para Manresa Vid. Fr. Juan G. ROIG i JALPI: Historia de la Muy Ilustre ciudad de Manresa, Barcelona, 1692, pp. 473-486.
62. ADPO, 1C, Legs. 328 y 1416.
AHG, *Llibre d'allotjaments i utensilis*, 1694-1808, *Lligall* 1.
63. AGS, GA, Leg. 2609, don Melchor Portocarrero a López de Zárate, 2-X-1684 y consulta del Consejo de Guerra.
64. B.N., Ms. 2401, "Plantilla y presupuesto del ejército que debe permanecer en Cataluña", 17-IX-1689.
65. AHMB, *Consell, lletres closes*, VI-109, *Consell* a su embajador en Madrid, 26-VI-1694.
66. AHMB, *Consell, lletres closes*, VI-109, *Consell* a su embajador en la Corte, 10-VII-1694.
67. P. VILAR: Catalunya dins l'Espanya moderna. Ed. 62, Barcelona, 1964-68, tomo II. P. MOLAS: Comerc i estructura social a Catalunya i València als segles XVII i XVIII. Ed. Curial, Barcelona, 1977. *Idem.*: "La companyia Feu-Feliu de la Peña (1676-1708)...", en Cuadernos de Historia económica de Cataluña, Vol. XII, 1974. *Idem.*: "A tres-cents anys del 'Fénix de Catalunya'. Recuperació i reformisme econòmic sota Carles II", Pedralbes, n° 3, 1983. J. CARRERA PUJAL: Historia Política y Económica de Cataluña. Siglos XVI al XVIII. Ed. Bosch, Barcelona, 1947. J.S. AMELANG: La formación de una clase dirigente: Barcelona, 1490-1714. Ed. Ariel, Barcelona, 1985. H. KAMEN: "El Fénix catalán: la obra renovadora de Narciso Feliu de la Peña", Estudis, n° 1. *Idem.*: Introducción al Fénix de Catalunya (1683) de N. Feliu, edición facsímil. Ed. Base, Barcelona, 1975.
68. ACA, CA, Leg. 449, Feliu a don Pedro A. de Aragón, 23-IX-1684.
69. AHMB, *Consell, Deliberacions*, II-193, Feliu al *Consell*, 19-VI-1684.
70. ACA, CA, Leg. 336, Carlos II a don Pedro A. de Aragón, 28-II-1684.
71. P. MOLAS: "La companyia...", Art. Cit., pp. 80, 112-3 y 122.
ACA, CA, Leg. 338, orden del rey con fecha 29-I-1690 concediendo a P. Feu y J. Navarro el asiento de grano para el ejército. J. Navarro volvió a cumplir con dicho asiento, junto a J. Kies, en 1692.
72. ACA, CA, Leg. 341, Villahermosa a Haro, 27-IV-1690.
73. AGS, GA, Legs. 2792, 2858, 3045, 2856, 2887 y Contaduría del sueldo, 2ª época, Leg. 317.
No obstante, nos encontramos a J. Navarro en 1694 como factor en Cataluña de la casa Pomar. Vid. AGS, Estado, Leg. 4176, consulta del Consejo de Estado, 27-VII-1694.

74. ACA, CA, Leg. 233, Carlos II a don Pedro A. de Aragón, 25-V-1679. Teixidor demandaba un 8% anual de interés por los atrasos.
75. AGS, Estado, Legs. 3993 y 3322.
76. P. MOLAS: Comerc i estructura social..., pp. 168-69.
ACA, CA, Leg. 460, "Pagaduría General del Ejército de Cataluña".
77. B.N., Ms. 2406.
J.L. PALOS: La práctica del gobierno en Catalunya. (Siglos XVI-XVII). Tesis doctoral inédita, UAB, 1990, 2 Vols. Significativamente, en 1688, durante la *Revolta dels Gorretes*, el *batlle* y *Jurats* de Cardedeu sacaron grano de la casa de Alegre para obligarle a contribuir como el resto del pueblo en los alojamientos. Vid. J. DANTI: Aixecaments populars als Països Catalans, p. 101.
78. A mediados de 1698 ya se habían enviado a Cataluña otros 813.229 reales de plata. Vid. AGS, GA, Leg. 3075, informe del virrey Hesse-Darmstadt al Consejo de Guerra, 15-V-1698.
79. AHMB, *Consell*, Manual, XIII-69, 18-III, 16-VII, 6-VIII y 15-XI-1689 y VIII-1690. Agradezco a J.L. Betrán su advertencia sobre la importancia de esta fuente.
80. Vid. A. JORDA: "Els ingressos fiscals de la Generalitat de Catalunya a la segona meitat del segle XVII". Estudis històrics i documents dels Arxius de Protocols, X, Barcelona, 1982, pp. 163-203.
Otro ejemplo posible se encuentra en la función de fiadores de otros tantos burgueses en sus negocios. Cuando Pere Pau Canals se hizo cargo de un arrendamiento de trigo para Barcelona, entre los fiadores nos encontramos a Pau Feu, P.A. Bastero, A. Jäger, J. Puigguriguer y J. Lapeira, entre otros. Vid. AHMB, *Consell*, Manual, XIII-69, agosto de 1690.
81. J. CARRERA PUJAL: Historia Política y Económica de Cataluña, tomo II, p. 224.
82. AHMB, archivo de comercio, B-82, "Copiador de cartas de Pau Dalmases", carta a don G. Ribera, Palermo, 21-VII-1696.
83. *Idem.*, carta don P.B. Gualarduchi, Cádiz, 28-VII-1696.
84. Según Joaquim Albareda, dicha afirmación se halla manuscrita en el margen superior del ejemplar del Político discurso que se conserva en la Biblioteca de Catalunya. Vid. J. Albareda: Els inicis de la Guerra de Successió a Catalunya. Tesis doctoral, UAB, 1990, p. 36.
85. Vid. B.C., F. Bonsoms, n° 2760. El propio Feliu reconocía en relación a la nueva Junta de Comercio creada en 1692, que "los sucesos hasta el año 1697 han sido muy contrarios a nuestra aplicación y trabajo...", y no sólo por la guerra, sino "...por la oposición de muchos tratantes de ropas extranjeras". Vid. N. FELIU: Anales de Cataluña, Barcelona, 1709, Vol. III, p. 381.

86. J. Albareda califica de austracistas durante la Guerra de Sucesión a: P.I. Dalmases, Narcís Feliu de la Penya, Salvador Feliu de la Penya, Josep Feu i Feliu, Arnold Jäger, J. Kies-cónsul de Holanda-, Joan Llinàs, Joan Lapeira y Jaume Teixidor. Vid. J. ALBAREDA: Els inicis..., Op. Cit., apèndix, pp. 626-635.
87. P. MOLAS: Comerç i estructura social..., Op. Cit., pp. 168-69.
88. ACA, Generalitat, R-142, cónsules de Ripoll a la Diputación, 11-V-1694.
89. AHS, Resolucions, Vol. 9, 1677-1729.
Idem., Defensa, 1368-1799.
90. J. MAURI SERRA: Historia de La Garriga, Vol. II, pp. 284-296.
91. ADPO, *Archives communales*, Tuïr, 167 AC 10.
92. ADPO, *Archives communales*, Prats de Molló, 124 AC 85.
93. R. GARCIA CARCEL: Historia de Catalunya, Vol. II, pp. 204-205.

CAPITULO VI: ASPECTOS LOGISTICO Y ESTRATEGICO DE LA GUERRA.

1. Introducción.

Podemos definir la logística, en palabras de su máximo estudioso en la actualidad M. Van Creveld (¹), como el arte práctico de mover los ejércitos manteniéndolos abastecidos. Así, trataremos de conocer los problemas propios del movimiento y del abastecimiento del Ejército de Cataluña y, ante todo, el efecto de la logística sobre la estrategia. Esta no puede funcionar independientemente de aquélla. Los designios políticos no siempre -o casi nunca- pueden influir tanto en la estrategia como las fuerzas de las que se dispone, el armamento, la táctica... y, sobre todo, las necesidades del ejército, los abastecimientos disponibles o prometidos, la intendencia, el transporte y las vías de comunicación.

El frente catalán en la Guerra de los Nueve Años es particularmente interesante al oponerse dos ejércitos que disponían de una logística bien diferente. El ejército francés de la época tenía a su disposición los almacenes fijos ideados por Louvois. En realidad, éste no creó un único tipo de almacén, sino dos. El primero estaba pensado para abastecer la cadena de ciudades fronterizas y fortalezas *-places fortes du Roy-*, las cuales debían estar listas en todo momento para aguantar un sitio y, por dicho motivo, se las dotaba siempre con provisiones suficientes. El segundo tipo eran los almacenes generales. Desde ellos se intentaba atender las

necesidades de los ejércitos en campaña fuera de los límites de la frontera gala.

En la práctica, fue la disponibilidad de los suministros locales, más que los almacenes o los convoyes de transporte, lo que influyó en el movimiento de las tropas francesas. Con la constitución de los almacenes de aprovisionamiento no se pretendía incrementar la movilidad de los ejércitos, sino evitar una excesiva dispersión de las tropas en busca de alimentos.⁽²⁾ Poseer una base de aprovisionamiento permitía tener la seguridad de poder mantener los hombres en un lugar determinado el tiempo suficiente como para, por ejemplo, poder frenar el avance del enemigo.

Ahora bien, hemos visto tan sólo una parte del problema. Mantener las tropas significaba poseer transporte -carruaje y bagaje del ejército-, contar con vías de comunicación en buen estado -camino habilitados para uso militar, es decir, por los que se podía llevar la artillería- y disponer de unas líneas defensivas constituidas por tales caminos uniendo entre sí fortalezas que cubriesen el territorio. Todos estos aspectos -abastecimientos, transporte, vías de comunicación y fortificaciones- influyen conjuntamente en la estrategia y, sobre todo, en los resultados de las campañas.

2. La logística (I): abastecimiento y transporte.

Con anterioridad a cualquier acción bélica, el mando debe disponer de las suficientes garantías como para asegurar unos perfectos movimientos y abastecimientos de sus tropas. Sin tal circunstancia resuelta, el desarrollo de las campañas militares podía sufrir un handicap tan definitivo que pusiese

en peligro el resultado de las mismas. En el caso que nos ocupa, dicha situación fue bastante común a lo largo de la guerra.

El primer año de campaña, 1689, es muy importante al dejar entrever la documentación las principales líneas de actuación posteriores. El virrey Villahermosa pudo observar rápidamente las dificultades para mantener su ejército bien abastecido. Cinco años antes, en 1684, su antecesor, el duque de Bournonville, había puesto el dedo en la llaga al comentar: "Si antes de la campaña no se forma[n] diferentes almacenes en la frontera y, sobre todo, de [h]arina y bizcocho, nunca se ejecutarían bien las principales operaciones, pues no es posible en España que marche un ejército a cualquier operación sino puede tener para tres o cuatro días de pan o bizcocho y cebada. De estos víveres hemos de tomar la ley y conducirnos de manera que no nos apartemos demasiado de las plazas donde tenemos los víveres o a lo menos que no nos apartemos de los puertos de mar, donde sólo dice el asentista que tiene obligación de entregar los granos".⁽³⁾ En definitiva, la movilidad de las tropas dependía en buena medida de la disposición del avituallamiento en aquellos lugares por donde estaba previsto que marcharían o, sencillamente, en todo el espacio geográfico por donde podría desarrollarse la campaña, sin la necesidad de tener que recurrir a la confiscación de granos del paisanaje.

La discusión sobre la necesidad de disponer de almacenes en la frontera fue muy recurrente a lo largo de toda la guerra. En julio de 1684 se contaba con almacenes en Girona, Olot, Sant Feliu de Guíxols y Bàscara, debiendo proveer 15.357 raciones de pan y 4.756 de cebada diarias.⁽⁴⁾ Mucho peor aún

era no contar con el grano previsto en un principio. Ya en mayo de 1689, Villahermosa había señalado la escasez de reservas de víveres en las fortalezas -que en caso de falta de almacenes servían como punto de avituallamiento, como hemos visto-, pero, además, había fallado el asiento de granos firmado con Francesc Argemir, de tal manera que se salía a campaña sin la cebada y el pan de munición asegurados. Al enterarse de esta contingencia, el marqués de la Granja, del Consejo de Guerra, opinó que se debía obligar a Argemir a cumplir con el asiento para no inmovilizar al ejército en plena campaña. Ante la evidencia de la mala fe del asentista -que prometió una cosa obligando luego a sus factores en el Principado a hacer lo contrario-, "...siendo exceso tan digno de castigo... que mereciera aún la severa demostración de cortarle la cabeza pues en fe<e> de su promesa se da por asegurada la provisión, y de su incertidumbre resulta la contingencia de no haber con qué sustentar al ejército y aventurarse con esto una provincia tan importante como Cataluña".⁽⁵⁾ Evidentemente, el asentista F. Argemir podía presionar con facilidad si no cobraba cortando el suministro de granos.

Con la mala asistencia monetaria a las tropas, que contaban con sus soldadas para completar la alimentación recibida del rey -el pan de munición diario-, el padecimiento de las mismas era muy grande. El virrey Villahermosa hubo de pedir prestado grano en los pueblos para dar de comer a sus hombres, quienes no cobraron nada desde agosto a noviembre de 1689. Por eso no era de extrañar noticias tales como el motín de 150 alemanes en la guarnición de la Seu d'Urgell. Estos intentaron tomar una puerta y huir "acosados de la [h]ambre que les obliga a

remediarla en lo inmundo que arrojan a las calles y [h]ierbas que encuentran. Lo mismo me dicen sucede en Rosas, deseando enfermar para facilitarse el recurso del hospital...". El propio virrey se admiraba del aguante de esta gente, aunque recelaba de nuevos disturbios dada la situación de miseria general padecida en el ejército.(⁶)

En la primavera de 1690, momento clave al prepararse la campaña anual, la situación no había mejorado ni un ápice: "...es imponderable la miseria que aquí se está padeciendo, pues hallándonos en la primavera, en que debieran estar adelantadas las prevenciones de campaña, nos faltan no sólo los medios para ellas, [sino] para socorrer el ejército que jamás se ha visto tan necesitado, con que servirá de poco aumentarle de gente no previniéndole el sustento".(⁷) El *Consell de Cent* de la ciudad de Barcelona tenía una visión del problema totalmente coincidente: "...aunque han llegado a este Principado considerable número de tropas, así de caballería como de infantería... se han malogrado por falta de asistencias, desertando muchísimos [de] sus compañías por faltarles lo necesario y haver de pasar la vida con el pan de munición, sin tener un dinero con que comprar otro sustento, dando esto motivo para que unos por fuga, otros por enfermedades -de que están llenos los hospitales- se va disminuyendo el Real Ejército de Vuestra Majestad quedando en tan corto y limitado número, que no puede hacer oposición al del enemigo, sin ponerse en evidente riesgo de su total perdición".(⁸)

Observamos dos nuevas implicaciones. Por un lado, la pérdida de tropas por desertión y enfermedades, causas directamente relacionadas con la falta de regularidad en las



pagas y la falta de avituallamiento en la campaña y durante la invernada. Por otro lado, la incapacidad estratégica y táctica para presentar batalla al enemigo con un ejército menguante, mal pagado, mal alimentado y, por lo tanto, falto de moral. Las consecuencias podían ser hirientes. Durante la campaña de 1690, el ejército hispano devastó los contornos de Perelada al ser tanta la necesidad que padecían, sin realizar ninguna acción bélica. Cuando el ejército galo volvió al Rosselló, el hispano pasó hacia Puigcerdà, pero hubo de marchar tan rápido a invernarse -por falta de suministros y forrajes en aquella zona-, que los franceses volvieron a invadir la Cerdanya hispana y terminaron de arrasarla, llevándose víveres para su guarnición de Mont-Louis. ¿Cuál era la solución? Disponer de un ejército más poderoso que el del enemigo significaba contar con tropas bien pagadas y pertrechadas mucho antes que los franceses pudiesen invadir el país, ya que de lo contrario conseguirían permanecer en el Norte del Principado y así, cada campaña, Cataluña terminaba por mantener en su territorio dos ejércitos: el hispano y el francés.⁽⁹⁾ Esta solución significaba disponer de más dinero. El Almirante de Castilla lo reconocía de esta manera cuando comentó que en 1689 y 1690 en el frente catalán se habían malogrado "... dos campañas por falta de carruaje, artillería, granos y algunas mesadas".⁽¹⁰⁾

El problema, en definitiva, no era sólo que se malograra la campaña, sino que, además, el país quedaba agotado. Según un testimonio de 1690, en la *vegueria y batllia* de Girona "al baxar (las tropas) a la plaça de armas que formà en lo vall de Cornellà, desde aquella talaren la major part de ferratjes, llegums y altres fruyts y se gastaren las pallas que anaven batent mentre que las tropas estigueren en dita plaça de armes

de tal modo que en molts dels llocs de dita vegueria y batllia particularment en los que son de Gerona en avall apenas han quedat pallas ni ferratjes per lo aliment y sustento dels bestiaris dels singulars de dits llocs (cosa prou sensible axi llevant-los lo medi de poder cultivar sas terras y alimentarse ells y llurs familias)".⁽¹¹⁾

La diferencia con la disponibilidad gala para los abastecimientos es abismal. Antes de mayo de 1689 se enviaron 12.330 sacos de harina al Rosselló para las tropas, repartiéndose en veinticuatro lugares. En cuanto a la paja para la caballería, en marzo, es decir, mucho antes de la llegada de la misma, había 65.100 quintales repartidos nada menos que en cuarentaidós almacenes. Por otro lado, este abastecimiento representaba un coste enorme: por ejemplo, los cónsules de Prats de Molló se quejaron ante el *intendant* Raymond Trobat de que tenían 130 acémilas para transportar harina y otras 25 a disposición del abastecimiento de la guarnición de la plaza, cuando además se les pedía que participasen en el convoy de la artillería.⁽¹²⁾

La campaña de 1691 representa un ejemplo perfecto del lastre que significaba no disponer de un abastecimiento adecuado. El nuevo virrey, duque de Medina Sidonia, permaneció con sus tropas en la montaña para evitar la ocupación de la misma por el enemigo, pero al no poder mantenerse por carecer de reservas de forraje y grano, al no tenerlas prevenidas el asentista en los lugares adecuados, tuvo que recurrir a los naturales para transportarlos desde otros parajes, perdiendo tiempo y dinero, al adquirir vituallas sobre el terreno.⁽¹³⁾ Frente a esta situación, el Consejo de Aragón no podía dejar de decir que si bien entendía la "estrechez de medios" y la

lentitud en lograr pronto algunas asistencias, las campañas de 1690 y 1691 habían demostrado, no obstante, como la ofensiva hispana se había frenado por la desventaja que suponía la falta de granos, de forraje y del carruaje para el tren de artillería, etc., y no tanto por la falta de tropas o por la calidad del mando. En concreto, dicen: "...en la campaña antecedente (1691), en la cual después de perdida el Asseu de Urgel por no poder el duque de Medina Sidonia subsistir en la plaza de armas de Verga, logró el enemigo fortificarse a su salbo en Belver y habiendo sido Vuestra Majestad servido demandar que se desaloxase el enemigo de Belver, por falta de granos no se pudo intentar más que el amago...".⁽¹⁴⁾ El agente de Barcelona en la Corte informaba a los *Consellers* al respecto en los mismos parámetros: "Los generales dan por descargo de no haber hecho nuestro ejército la campaña pasada operación la falta de víveres en la montaña, y para esto se ha propuesto a Su Majestad que se pueden hacer unos almacenes en las plazas de Castellfollit, Berga y Cardona, para que en caso de sorprender asitiar algunas de estas el enemigo se puedan socorrer de la más cercana...".⁽¹⁵⁾

Sólo a lo largo de 1692 y primeros meses de 1693 se dibujó un tímido intento de variar las prevenciones aprovisionándose de paja en las zonas donde la había y construyendo almacenes en Vic, Manresa, Castellciutat, Roses, Sant Esteve d'en Bas, Barcelona, Sant Feliu de Guíxols, Palamós y Girona.⁽¹⁶⁾

El contraste con la disponibilidad del enemigo era, una vez más, apabullante. Para la campaña de 1693, desde abril los franceses comenzaron a fabricar hasta veinte hornos para cocer el pan de munición en Puigcerdà, con una capacidad de 20.000 raciones al día; durante todo el invierno se estuvo proveyendo

de hierba y paja los almacenes del Rosselló y el Conflent, mientras por mar se llevaba harina hasta Canet y desde allí a Bellaguarda. De hecho, Mont-Louis era el principal centro distribuidor de vituallas para la caballería, mientras Bellaguarda lo era de harina para las tropas.⁽¹⁷⁾ Por ejemplo, en 1689, cuando el virrey Villahermosa se disponía a recuperar Camprodon, se encontró con la desagradable sorpresa de que faltaba pan de munición al no haber hornos para cocer el pan en Olot.⁽¹⁸⁾ Años más tarde, a fines de 1694, el Proveedor General del Ejército de Cataluña pedía el envío al Principado de hornos de hierro para hacer el pan de munición, pues sólo quedaban dos de campaña para 8.000 hombres, cuando los franceses habían ido demoliendo todos los que fueron capturando los años anteriores.⁽¹⁹⁾

La política gala sobre los territorios conquistados de Cataluña tendía al mantenimiento de una parte importante de sus tropas dentro del territorio capturado. Las medidas del intendente Trobat iban desde obligar a las villas a pagar exorbitantes contribuciones de grano, pasando por repartos de forrajes mediante la siembra -y la recogida- de una cuota determinada de los mismos, hasta la venta obligatoria de avena al asentista de granos -aunque se aseguraba el pago inmediato en metálico.⁽²⁰⁾ Ahora bien, con el fin de no arruinar el territorio conquistado, el *intendant* Trobat pidió al Rosselló contribuciones de grano para mantener al ejército del mariscal Noailles en Cataluña. No podemos ignorar las ventajas que para los roselloneses significaba tener al ejército alojado fuera de sus casas.⁽²¹⁾ Mientras, las tropas hispanas, expulsadas de la mejor porción del país para mantener un ejército, el Empordà -"la Andalucía de Cataluña", en palabras del duque de

Osuna-, se veían abocadas a consumir los forrajes de la retaguardia en plena campaña, quedándose apenas sin suministros para la invernada.⁽²²⁾

Los tres últimos años de la guerra estuvieron marcados por el aumento de gastos del ejército sin observarse ninguna mejora apreciable. Algunos regimientos alemanes se quejaban de su paga -y eran de los mejor pagados-, un doblón mensual (32 reales de plata), pues apenas si podían mantenerse porque "los precios están muy subidos". De ahí que se decantasen por cobrar en especie, sobre todo durante el invierno. El problema era, de nuevo, poder abastecer estas tropas con un mal funcionamiento de los asientos y en un país con precios en alza. Por otro lado, "...los cuarteles de este Principado se reducen a que el soldado y oficial que mejor lo pasa se [h]aya de mantener de lo que el paisano quiere darle, de unas desdichadas menestras con que se alimentan, sino se da providencia para que este invierno sea socorrida la caballería y la infantería...".⁽²³⁾ En definitiva, la ocupación progresiva de Cataluña por el enemigo terminó por dar la razón a los temores -en este caso bien fundados- del *Consell de Cent* de Barcelona al percibir en su momento la carga que supondría tener dos ejércitos alojados en el Principado.

Hasta ahora nos hemos referido al avituallamiento de las tropas, pero también era de similar importancia disponer del armamento necesario para afrontar las campañas con un mínimo de seguridad en la acción de las mismas. En un informe de fines de 1692 se hace un recuento de lo demandado para el frente catalán desde 1689: aquel año se aderezaron armas y municiones, trayéndose 15.000 herramientas de gastadores. En 1690 se arreglaron 6.850 mosquetes y arcabuces, 750 picas y se

fabricaron 200 fusiles, con un gasto de 67.904 reales de plata. Desde Zaragoza se enviaron en 1691 496 carabinas y 979 pares de pistolas, mientras que navíos de la armada desembarcaron 3.970 mosquetes, 5.664 arcabuces, 2.656 carabinas, 736 pistolas y 56 fusiles. En munición las cifras fueron: 7.860 balas de todos los calibres, 1.449 bombas y 4.200 granadas, además de 6.267 instrumentos de gastadores. En 1692 el virrey Medina Sidonia pedía recursos para arreglar 12.960 mosquetes y arcabuces y 2.656 carabinas... Don Juan de la Carrera, autor del informe dirigido al Consejo de Guerra, no dejó de ponderar que el Consejo reflexionase sobre si "...[h]abría ejército en el mundo que necesite de armarse todos los años y que en Cataluña desde que se empezó la guerra no ha [h]abido sitio de plaza ni socorro para tolerar tan infructuosos desperdicios, y si la más opulenta Hacienda lo puede mantener".⁽²⁴⁾

En 1694 el virrey Escalona-Villena requirió 2.000 pistolas, fusiles para los dragones, 2.000 picas, 600 partesanas, 2.000 quintales de balas, otros 2.000 de pólvora, 10.000 granadas y 7.130 herramientas de gastadores. Tras la campaña de aquel año se imponía un desembolso de 96.000 reales de plata en el arreglo de 10.500 bocas de fuego y 1.500 picas y partesanas.⁽²⁵⁾

Cualquier artículo que destaquemos nos sirve de ejemplo del volumen de gasto realizado: entre enero de 1691 y marzo de 1695 se emplearon 35.661 sacos de cáñamo, con un valor de 84.645 reales de plata.⁽²⁶⁾

A partir de 1695, con un ejército más numeroso, y tras las pérdidas de 1694, se agudiza la necesidad de armamento y municiones, situación que se mantendrá hasta finalizada la

guerra. A inicios del citado año el rey había prometido 160.000 reales de plata para rearmar el ejército; en junio no sólo no había llegado tal remesa sino que faltaba dinero para otros muchos menesteres. El informe de la Proveduría General al virrey Gastañaga es muy clarificador: "Sobre los gastos referidos, son precisos todos los años los que ocasionan la compra de mucha cantidad de espuestas, sarrias, sarriones y sarrioncillos de esparto para los trabajos de la fortificación y transporte de la balería de fierro, armas y otros pertrechos; cuerdas a mano y estringas para el manejo de la artillería en campaña, fábrica de los montajes de ella; sacos para el transporte de la pólvora, aderezo de los barriles de ella; fábrica de balería de plomo...; aderezo continuo de armas; aderezo de herramientas de gastadores aunque sean de las nuevas que vienen de Vizcaya que ningunas son de provecho, excepto las palas... las çapas (zapas), picos, azadones, [h]achas de dos manos y mazzos que vienen de Vizcaya para los gastadores nunca sirven de nada (aun después de aderezados aquí) por ser unos pedazos de fierro desproporcionados y sin acero, y un gasto inútil... por lo que sería muy conveniente que éstos se fabricasen aquí en esta ciudad (Barcelona) donde se harían de toda satisfacción, con menos gasto, así por su duración, como porque se escusaría el de las conducciones..."

(27)

Como vemos, una explicación para la falta crónica de material -y la continua necesidad de reparar armas- puede ser la mala calidad de éstas, sin olvidar las pérdidas de material con las deserciones de los soldados y la venta de sus armas en momentos de apuro, situaciones que, como hemos señalado, abundaron a lo largo de la guerra.

En los siguientes cuadros observamos algunos datos sobre las municiones y herramientas existentes y las demandadas estos años por el ejército, así como las armas en servicio y las solicitadas.

CUADRO I

FECHA	22-XI-1695		13-XII-1696		VII-1697
	En serv.	Faltan	En serv.	Faltan	Faltan
Balería de cañón	149.290u.	----	143.409u.	54.000u.	268.000u
Balas	2.264q.	6.000q.	2.497q.	2.000q.	-----
Artificios de fuego	43.313u.	102.000u.	44.187u.	108.000u.	500.000u
Pólvora	5.366q.	4.000q.	6.355q.	5.000q.	20.000q
Cuerda/Mecha	4.912q.	2.000q.	5.183q.	2.000q.	20.000q
Herramientas	2.664u.	9.500u.	17.206u.	16.500u.	40.000u

Fuente: AGS, GA, Legs. 3012, 3043 y 3044. Elaboración propia.
u.= unidades, q.= quintales y En Serv.= armas en servicio.

CUADRO II

FECHA	XII-1688	XI-1692	XI-1695	XII-1696	Arreglar
	En serv.	En serv.	En serv.	En serv.	
Mosquetes	3.646	5.339	1.945	2.985	2.356
Arcabuces	4.542	9.874	2.864	3.323	2.998
carabinas	919	4.782	961	919	-----
Fusiles	45	300	-----	45	-----
Pistolas	1.890	3.100	-----	1.890	-----
Picas	1.717	3.165	2.418	2.079	873
Partesanas	435	623	217	300	67
Chuzos	1.442	-----	220	500	920
Espadas	-----	-----	-----	-----	1.155

Fuente: AGS, GA, Legs. 2790, 2887, 3012 y 3043. Elaboración propia.

El segundo cuadro refleja perfectamente dos situaciones distintas. Entre fines de 1688, cuando aún no se había iniciado la guerra, y finales de 1692, tras cuatro campañas, el volumen de armamento en servicio se ha doblado prácticamente, siendo espectacular el incremento de las bocas de fuego. Pero a partir de entonces, sobre todo tras las campañas de 1694 y 1695, se reducen drásticamente las armas en servicio, tal y como reflejan los datos de 1695, con, en algunos casos, más del 60% del total de bocas de fuego por arreglar. La falta de recursos hizo que a fines de 1696, momento clave al esperarse el sitio de Barcelona en 1697, los niveles de armamento no se hubiesen recuperado. El cuadro primero, munición y herramientas, refleja la misma situación, una recuperación muy leve de 1695 a 1696 incapaz de afrontar los gastos que se percibían para un sitio como el que se avecinaba. En palabras del virrey Velasco, en 1696: "La falta de armas, municiones y pertrechos es grandísima, y que pide el mayor cuidado en su breve reemplazo y principalmente Barcelona, pues si los enemigos intentasen expugnarla cualquiera cosa que falte será de sumo perjuicio".⁽²⁸⁾

A nivel técnico, se observa la superioridad del uso del arcabuz sobre el mosquete, mientras que el fusil tardaría aún en ganar terreno. La pica se mantuvo en la proporción propia de la guerra en estos momentos, sobre una tercera o una cuarta parte del total de bocas de fuego. La caballería estaba tecnológicamente avanzada, dominando su armamento la carabina y las pistolas, protegida, además, por petos y espaldares.

Sobre la artillería trataremos al referirnos a las fortificaciones del Principado.

Directamente relacionada con el tema del abastecimiento está la problemática del transporte. Al igual que la falta de avituallamiento, si falla el medio de locomoción de los ejércitos, el tren de la artillería y de la impedimenta de las tropas, la campaña puede quedar frenada. Así, usualmente se calculaba con la máxima exactitud el número de acémilas de carga y de mulas de tiro para la artillería, tanto si se proyectaba una campaña defensiva como ofensiva -cuando se incrementaba el tren de tiro de la artillería. En función de estos cálculos se pedía el contrato con el asentista. Si éste fallaba, todas las operaciones se resentían. En el caso catalán, además, había problemas pues era difícil encontrar mulas de tiro en el país para equilibrar las necesidades no atendidas por el asentista, incrementándose los gastos.⁽²⁹⁾

La falta de puntualidad en el asiento del tren de artillería y carruaje de 1690, por ejemplo, motivó que el virrey no pudiese "executar las órdenes que se enviaron para que procurase desalojar al enemigo de la montaña entrando en [el] Rosellón".⁽³⁰⁾ Esta situación contrasta enormemente con las disposiciones para la guerra de los franceses. El *intendant* R. Trobat, por ejemplo, especificaba en el contrato de asiento con el proveedor de avena para la caballería que tendría obligatoriamente que dar grano para todos los caballos que se juntasen, sin indicarle su número, durante seis meses de campaña. En otro caso, el asiento para surtir de lo necesario a los hospitales de Perpiñán y Colliure se hizo por cuatro años, de 1692 a 1695, anticipándose a las necesidades futuras.⁽³¹⁾

Muy a menudo no hubo más remedio que recurrir a la petición de ayuda a los naturales. Por ejemplo, a fines de la campaña de 1693, el virrey Medina Sidonia usó de esta posibilidad para el sitio de Bellver -que no llegó a realizarse. El presbítero J. Otzet le comentaba al marqués de Castellidosrius -embajador en Portugal-: "sols de novodat ly (sic) dich que per tot Catalunya se han embargat quants animals se han trobat per pujar pertretxos de guerra a la muntanya se diu és per anar a setiar Bellver...".⁽³²⁾

Los franceses solían confiscar los carros de la zona ocupada del Principado para el transporte de enfermos y de pertrechos. Además, su dominio marítimo le permitía abastecer los puertos de la costa enviando vituallas desde Colliure, sobre todo cuando los caminos no eran seguros para sus convoyes por la presencia de los migueletes y somatenes.⁽³³⁾ Existe un informe de 1694 con el título "Estat des villes et lieux du l'Ampourdan qui ont presté l'obeissance au Roy pendant la campagne..." que refleja el especial cuidado por conocer la capacidad no sólo del Empordà, sino también de la Selva, el Gironès, la Garrotxa, el Ripollès y parte del Vallès para proporcionar animales de tiro y vehículos al ejército. Cabe destacar que la zona del Alt Empordà era, con diferencia, la que poseía una menor cantidad de carretas y acémilas. A nivel particular, en el caso del Baix Empordà, Torroella de Montgrí aparecía sin animales ni vehículos, alegándose que todos estaban al servicio del ejército hispano. Mientras Palafrugell poseía 94 vehículos y animales para los mismos, La Bisbal sólo tenía diez vehículos. En Besalú sólo había tres carretas y 16 animales de tiro, el resto, veinte, estaban con el ejército hispano. En Camprodon, por ejemplo, no quedaba nada.⁽³⁴⁾

Por otro lado, las consecuencias económicas del uso de bagajes en Cataluña eran importantes: los *Consellers* se quejaban de la tardanza en el arribo de "las mulas per lo tren [de la artillería] [al venir] de Castella, Aragó y València y essent tant lluny no poden ser assí tant prest, [i] se han de valer del pa<h>ís embargant las cavalcadures, que es tant reduhit [el país] per ocupar-ne tanta part lo enemich [que] desesperan als pobres paysans al temps de sa major ocupació de segar, batrer y recullir sos grans, de ahont se veu la importància de haver-ne de fer los asientos molt en temps...".
(35)

Dicha situación no era desconocida para los virreyes y el mando del ejército, pero era la única solución viable ante la falta de transporte. Con una porción del país ocupado, el resto de Cataluña debía mantener al ejército hispano que, al estar acuartelado durante el invierno, era necesario alimentar llevando vituallas y forrajes para la caballería cada vez desde lugares más distantes. Así, la carga soportada por los naturales era cada vez mayor. Como explica M.S. Anderson: "Los historiadores raras veces han prestado a esta carga la atención que merece, pero bien pudo haber sido una de las más onerosas... Esta clase de servicios de acarreo les resultaban caros al campesino, no sólo porque le alejaban de su casa y de sus campos, a veces durante períodos prolongados, sino porque dejaban exhaustos e inservibles sus caballos y bueyes, que formaban una parte esencial de su capital de explotación".
(36)

El motivo por el que en el Ejército de Cataluña se utilizó con profusión el sistema de bagajes es muy sencillo: disponer de un tren de artillería completo podía incrementar el coste

de la campaña -G. Parker asegura que hasta en un 50%- y, lamentablemente, no había dinero suficiente para ello. Así, R. Montecuccoli defendía la utilización de tres cañones de campaña por cada mil hombres; el ejército de Cataluña jamás pudo transportar tal cantidad de artillería, y no sólo por la falta de asientos adecuados, sino también por la escasez de la propia artillería en servicio.⁽³⁷⁾

Aunque lamentablemente no se refiera a los años de la Guerra de los Nueve Años, tenemos un magnífico ejemplo del coste que representaba salir a campaña en 1676, en plena Guerra de Holanda. En un informe al virrey Cerralbo se indica lo necesario para salir a campaña durante ocho días un ejército de 14.000 plazas -6.000 infantes, 2.500 hombres de caballería, migueletes, somatenes, primeras planas del ejército y servidores, más los particulares que acompañaban a las tropas-: se necesitaban 112.000 raciones de pan y 40.000 de cebada, debiendo hallarse ya prevenidas por el asentista F. Argemir 8.500 cuarteras de trigo y 11.250 de cebada en la zona de operaciones.

En Girona tardaban seis días en la fabricación del pan de munición para alimentar durante cuatro días a las tropas, y en ese lapso de tiempo dicho pan estaba ya incomible, de manera que, al no haber suficientes hornos, se trabajaba día y noche. En caso de faltar pan se debían proveer 1.550 quintales de bizcocho; la leña para cocer el pan venía de Ripoll, necesitándose para todo este trajín 1.200 jornales de acémilas.

El tren de artillería era de ocho piezas: cuatro "sacres" y cuatro "masfeltres" más la pólvora y balas necesarias, además de los pertrechos para las armas de fuego. Todo ello junto al

resto de la impedimenta del ejército debía ser transportado por 108 mulas y 587 acémilas. En caso de un sitio habría que añadir cuatro medios cañones y seis cuartos de cañón, necesitándose para moverlos, además de su munición, 230 mulas de tiro y 71 acémilas, sumando en total 338 mulas y 658 acémilas.⁽³⁸⁾

3. La logística (II): Vías de comunicación y lugares de aprovisionamiento.

Seguidamente trataremos la situación de los caminos catalanes en el último cuarto del siglo XVII. Puede decirse que el uso bélico de las vías de comunicación del Principado acabó siendo el principal referente de aquéllas, dado que, incluso, los caminos acabaron por dividirse en carreteros o de "herradura" en función de si podían, o no, circular por ellos los carros. Asimismo, fue su aprovechamiento militar el principal argumento para intentar mejorar algunos caminos, práctica común tanto del ejército hispano en Cataluña como del ejército francés.

La trascendencia de la red de caminos es doble: ahora abordaremos su relación con la logística militar, explicitando los principales trazados -junto a sus características- como una red de unión entre los diversos lugares donde podía acampar y/o hacer plaza de armas un ejército. Cuando nos refiramos a las características de las fortificaciones catalanas veremos cómo éstas no dejan de estar articuladas por la red caminera. En realidad se podría hablar de dos sistemas que se interpenetran.

En líneas generales, la situación de los caminos no era buena, y no podía dejar de serlo al no existir una política de arreglos continuados, al menos, hasta 1750. Así, ante la necesidad urgente, se llevaban a cabo algunas actuaciones que, por falta de continuidad, dejaban poco rastro sobre la red viaria. Por otro lado, la mencionada mala calidad de las rutas obligaba al uso de mulas y acémilas en lugar de una mayor extensión en el uso del carro.⁽³⁹⁾

La red de caminos, como es obvio, cubría todo el Principado, aunque, para abreviar, trataremos preferentemente los caminos situados en el Norte -toda la zona pirenaica y pre-pirenaica- y Noroeste de Cataluña, principales zonas azotadas por el conflicto bélico. Para la reconstrucción de las rutas nos hemos ayudado de dos guías de caminos: el Discurso General de toda la Cataluña, Rosellón y Cerdaña... de Ambrosio Borsano, Ingeniero Mayor y Maestre de Campo del Real Ejército de Cataluña, un repertorio de 1686 -al que correspondía el famoso mapa de 1687- y de la Guía de los caminos más principales del Principado de Cataluña (1723) del conde Darnius, militar al igual que Borsano. En ambos casos, pues, se trata de trabajos realizados por dos personas especialmente sensibles a las características militares del camino y su entorno.

Las principales vías de comunicación entre Barcelona y Perpinyà eran la "carretera de Francia" o "camino del Vallès" que pasaba por Hostalric-Girona-La Jonquera-El Portús y enlazaba con el camino de Perpinyà, y el "camino de la Costa", que pasaba por Barcelona-Blanes-Palamós-Roses-Cadaqués-Banyuls-Colliure y se unía a la citada carretera de Perpinyà.

Para Darnius, la carretera de Francia es un camino carretero y bueno en general, tan sólo con el inconveniente de las posibles crecidas del río Onyar, que había que vadear, así como el peligro de emboscadas en la Torre d'en Asterac, cerca de Girona, por la vegetación tupida. Idéntico problema se presentaba, camino de Figueres, a la altura de Fellines, poco antes de Bàscara. Con todo, el camino era bueno, llano y carretero hasta Figueres. La fortaleza de Bellaguarda vigilaba el paso a Francia por el *coll* del Portús; quien dominase esta posición tenía en sus manos el control de la principal vía de entrada tanto a Cataluña como al Rosselló.⁽⁴⁰⁾

En cuanto al "camino de la Costa", Borsano recomendaba para arribar a Palamós la ruta de Blanes hacia Vidreres, enlazando allí con el camino carril de Hostalric a Palamós, dado que el camino de la Costa era exclusivamente de herradura. El puerto de Palamós estaba en aquellos momentos en malas condiciones, por ello suplía esta función el de Sant Feliu de Guíxols, de ahí la importancia de la ruta Sant Feliu-Girona, pues por ella pasaban los pertrechos y las tropas enviadas por mar hacia dicha ciudad.⁽⁴¹⁾

Asimismo, Borsano recomendaba para ir hacia la frontera desde Roses el desvío por Llançà, sin pasar por Cadaqués, cuyo camino era malo y "desfilado". El único problema era Port-Vendres, ya en el Rosselló, "en donde [h]ay un fuerte en forma de estrella con una torre en medio mui fuerte", (fuerte de San Telmo).⁽⁴²⁾

Siguiendo el itinerario propuesto por Darnius, se observan algunas variantes con respecto al trabajo de Borsano: el vadeo del río Tordera por Les Ferreríes; el camino de Palamós a Pals por Palafrugell; el de Torroella de Montgrí a L'Escala por

Bellcaire y de L'Escala a Castelló d'Empúries evitando Sant Pere Pescador y el río Fluvià en época de lluvias. Tanto Borsano como Darnius recomiendan la ruta de Girona a Torroella de Montgrí por Verges, evitando el vadeo del río Ter, de gran interés estratégico.⁽⁴³⁾

Desde Figueres parten diversos caminos hacia la frontera. Como queda dicho, la fortaleza de Bellaguarda dominaba el paso de El Portús, por ello la entrada hacia Francia podía hacerse por las siguientes variantes: el camino hacia el coll de Banyuls, que permitía ir a los ejércitos formados, según Darnius, y el camino por el coll de la Carabassera, pasando de Espolla a Sureda, que no se había mejorado en absoluto.⁽⁴⁴⁾

De Figueres a Camprodon, según Borsano, se abrió camino carril en 1684 por el coll de Capsacosta con la intención de hacer pasar la artillería, llevándose en aquella ocasión cuatro piezas de batir. De nuevo, en 1693, el ingeniero tuvo que realizar idéntica obra.⁽⁴⁵⁾ Finalmente, Darnius explica como la variante del camino entre Figueres y Girona que se desviaba por Sant Miquel de Fluvià era tomada por los franceses para apartarse de la zona de montaña, demasiado cercana por Bàscara, donde podían tenderles emboscadas.⁽⁴⁶⁾

Girona estaba unida con Olot y Vic con caminos poco aptos para el ejército. Borsano insistía en 1686 en que el camino de Vic sólo permitía el paso de infantería y caballería. El de Olot era un poco mejor, pero había que acabar de perfeccionarlo para que pasase la artillería.⁽⁴⁷⁾

La conducción de la artillería desde Barcelona al prepirineo se realizaba por el camino Manresa-Cardona-Berga, de gran importancia estratégica. Desde Súria se había arreglado el camino para hacerlo carretero con este fin. Existía una

variante también para la artillería por Martorell-Collbató-Manresa. En cambio, hasta la fecha de redacción del manuscrito de Borsano, 1686, la artillería no podía ir de Cardona a Berga por ser intransitable para la misma dicho camino. (48)

Darnius nos recuerda que el camino de enlace entre Martorell y la carretera de Francia era el más importante medio para llevar al ejército hacia el Vallès. Cuando en 1697 el virrey Velasco hubo de sacar parte de su ejército de Barcelona para atacar al de Vendôme, que se proponía el sitio de la ciudad, lo situó, precisamente, en Martorell.

El camino de Perpinyà a Camprodon y Ripoll era carretero hasta Prats de Molló en época de Borsano, y hasta Camprodon en la de Darnius. Este camino fue carril cuando los franceses decidieron bajar la artillería desde Perpinyà hasta Prats de Molló y Mont-Louis, según Borsano. Darnius advertía que el camino de Ripoll a Camprodon-Figueres-Perpinyà "...a poco que se compusiera podría pasar por el la artillería y con este y el camino que va de Ripoll a Vic pasando a Sant Agustí se evitaría que nunca se hubiese de pasar la artillería ni carruaje por la montaña de Capsacosta". Al parecer, "...aunq[ue] toda la montaña de Capsacosta es carretera, [h]ay diferentes pasajes que es preciso haber de baxar la artillería con torno", de ahí el interés anterior por evitar esta vía. (49)

Lamentablemente, es poca la información ofrecida por Borsano sobre los caminos de Puigcerdà, a pesar de su importancia. El mejor parece ser el de Ripoll por el coll de Jou, que era un camino malo pero podría arreglarse. De Puigcerdà hasta la Seu d'Urgell por Montellà podía, asimismo, hacerse carril; de Montellà a la Seu era, momentáneamente,

"mal camino y desfiladero". El de Ripoll a Puigcerdà era un camino "muy malo pero con abrirle en los bosques y componer unos barrancos que hay se puede formar camino para la artillería desde Barcelona a Vique, de Vique a Ripoll, de Ripoll a Gombrèn, de Gombrèn al coll de Jou y del coll de Jou a la plana de Puicherdan a un lugar que se dice Alp distante de Puigcerdan una legua".⁽⁵⁰⁾ También Darnius es parco en explicaciones y dice que de Puigcerdà a Ribes de Freser puede marchar el ejército, pero no dice si con la artillería. En cambio, aporta una variante al camino corriente entre Puigcerdà y Barcelona: es la ruta hacia Vic por Les Llosses, el único que permitía la circulación de artillería entre Ripoll y Vic en su época.⁽⁵¹⁾ Tan sólo cabe añadir los arreglos con motivo de algunas campañas en los caminos hacia Camprodon (1689), de Sant Joan de les Abadesses a Ripoll y a Santa Pau (1690), de Girona a Bellver (1691), de Mont-Louis a Bellver y, finalmente, el camino de acceso a Castellfollit (1694), siempre con la intención de hacer llegar la artillería para el sitio de las plazas en cuestión.⁽⁵²⁾ (Mapa n° 2)

Como hemos visto, el criterio del paso de la artillería por un camino parece ser la única capacidad objetiva exigible, tanto por parte de Borsano como de Darnius, a una ruta para calificarla como "camino carril", diferenciándole del camino de "herradura" o "cabalgadura", por no decir ya de los caminos malos o "desfilados". Hay que señalar la necesidad de llevar la artillería desmontada, para que las cureñas no se desgastasen, y cargada en carros, de ahí la denominación de camino carril, pero se debe evitar la imagen de la artillería montada siendo conducida hacia su destino. ⁽⁵³⁾



Mapa nº 2.

Los caminos de Cataluña según Borsano y Darnius.
Elaboración propia.

Escala 1:750.000

— Camino carretero.

— Camino de "herradura".

— Caminos aportados por Darnius.